

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Año XXI - Núm. 403

BARCELONA

SEPTIEMBRE 1964

Depósito legal: B. 15860 - 1958



## SUMARIO

### EDITORIAL

LA «ECCLESIAM SUAM»  
EN LA PERSPECTIVA  
DEL REINO DE CRISTO

Francisco Canals Vidal

«ECCLESIAM SUAM»  
(íntegra)

PIEDAD LITÚRGICA  
Y PIEDAD PRIVADA

Roberto Cayuela, S. I.

LA IGLESIA Y EL PROBLEMA  
DE LA REGULACIÓN  
DE LOS NACIMIENTOS

EL CORAZON DE CRISTO REY

Casimiro Puig, S. I.

LAS DIVERGENCIAS  
CHINO-SOVIÉTICAS OBEDECEN  
A RAZONES CAPITALISTAS

Jesús Sainz Mazpule

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Tlf. 221 27 75

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

## LA «ECCLESIAM SUAM» EN LA PERSPECTIVA DEL REINO DE CRISTO

Como una sencilla conversación epistolar, sin carácter solemne ni doctrinal, ha querido dirigir Paulo VI su primera encíclica. Se trata de una confidencia y un anuncio cualificado de sus ideas y propósitos, de los objetivos y actitudes de su pontificado.

Desde que votaciones mayoritarias cerraron el camino en la primera sesión conciliar a algunos esquemas elaborados por las comisiones preparatorias, una información parcial y tendenciosa, con todos los caracteres que revelan la acción y campaña de un "partido", ha creado en los medios católicos un ambiente confuso y deletéreo. El hecho ha sido tal vez más sensible en España, al orientarse la casi generalidad de los medios de propaganda e información — estatales y profesionales — según las directivas y sentimientos de aquel definido y tangible "partido". La interpretación progresista e "innovadora" del espíritu del concilio ha venido así a parecer a muchos la expresión única y auténtica del sentir de la Iglesia.

Por esto conviene salir al paso de un malentendido. Quien intentase ponderar el valor y oportunidad pastoral de la *Ecclesiam suam* subrayando que ya no se trata de un texto doctrinal, se situaría en una perspectiva inadecuada e incluso incompatible con la doctrina que se expone, aunque en forma de humana conversación, en el propio documento. El apostolado es esencialmente predicación, predicación de la palabra de Dios y no de enseñanzas humanas. En la encíclica *Ecclesiam suam*, como en muchas anteriores, y a no dudarlas futuras, se encierra abundante contenido del tesoro perenne, viejo y nuevo, de la doctrina católica.

En torno a tales principios se unifica y adquiere integración y coherencia sistemática el amplio y riquísimo acervo de reflexiones y sugerencias sobre las vías para el encuentro de la Iglesia con el mundo moderno, que constituyen la substancia del texto de Paulo VI.

El primer deber de la Iglesia hoy, si se atiende precisamente a las exigencias de nuestro tiempo, es el de profundizar en la conciencia de sí misma, en el tesoro de verdad de que es depositaria y heredera. La urgencia de este deber tiene primacía sobre toda cuestión particular, incluso sobre la consideración de las actitudes concretas a adoptar ante el mundo contemporáneo.

Un acto de fe explícito en Jesucristo Hijo de Dios, ha de fundamentar la toma de conciencia por la que la Iglesia ha de sentirse vivir y experimentar a Cristo en sí misma. La Iglesia, en virtud de su misma relación vital con Cristo Dios y Hombre, Salvador del mundo, está inmersa en la humanidad, a la que pertenecen sus miembros y de la que recibe y asume preciosos tesoros de orden natural.

Las rápidas y profundas transformaciones de nuestros tiempos producen en muchos como un vértigo que les lleva a los más extraños pensamientos, "imaginando como si la Iglesia debiera renegar de sí misma y abrazar novísimas y nunca pensadas formas de vida". De aquí la urgencia de que la vivificación de nuestra

fe en Jesucristo y el renovado descubrimiento de aquella relación vital del Cuerpo Místico con su Cabeza, constituya como el punto de partida de aquellos caminos para el encuentro salvador de la Iglesia con el mundo.

De esta reflexión de la Iglesia sobre sí misma ha de nacer el impulso de renovación. Paulo VI formula, en la segunda parte de su encíclica, precisiones de definitiva claridad y de oportunidad intencionada ante el problemático ambiente de expectación confusa y desviada que se ha conseguido crear en torno a la tarea del concilio. Muchos fieles conciben la reforma de la Iglesia como una adaptación a los ideales y valores de la mundanidad. Confundan así la renovación de nuestra mente según la voluntad de Dios, que nos intima a no conformarnos a este siglo, nada menos que con el "conformismo" con el espíritu del mundo.

La Iglesia ha de esforzarse por buscar su perfección en el cumplimiento del plan de Cristo sobre ella, y por virtud de su misión salvadora debe adaptar su acción a las circunstancias humanas. Pero en esta situación problemática, laboriosísima hoy, ha de trabajar a la vez por asumir cuanto de legítimo y valioso ofrece el esfuerzo de los hombres, y por evitar valerosamente cuanto pueda profanarla y sofocarla, tratando de inmunizarse del contacto del error y del mal.

Renovación según Cristo y para la salvación de la humanidad, que no sólo difiere y se opone radicalmente a la mundanización y "profanación" del mensaje cristiano que caracterizó los errores modernistas, sino que no consiste tampoco en su esencia en reformas legislativas o institucionales. Al servicio del "aggiornamento", que urge por deber apostólico, el Vaticano II, realizando una obra que a lo largo de la historia se asoció frecuentemente a la acción de los concilios, emprenderá, sin duda, tales reformas.

Pero hay que precisar también que ninguna reforma puede afectar a la concepción esencial o a las estructuras fundamentales de la Iglesia católica. Pensando sin duda en las acusaciones, hoy día corrientes, contra el "triumfalismo" y el "clericalismo" tradicionales, subraya Paulo VI que no es orgullo ni obstinación la luminosa certeza que tenemos los hijos de la Iglesia de poseer la herencia intacta y viva de la tradición apostólica. Es nuestro deber dar gracias a Dios por su don, y nos incumbe la responsabilidad de mantenerlo fielmente en beneficio de todos los hombres.

De la toma de conciencia y del consiguiente esfuerzo por conformarse según el modelo de Cristo, surge la actitud por la que la Iglesia se abre al mundo como mensaje y diálogo. Al sentirse vivir en Cristo se diferencia del "mundo", de la humanidad adversa a la luz de la fe y al don de la gracia, y a la vez se siente urgida por la propia misión del que vino enviado de Dios para que el "mundo se salve por Él".

Diferencia pues entre la Iglesia y el mundo. Frente al ingenuo "bastarse a sí mismo" o al pesimismo fatalista que ve en los vicios y enfermedades morales la expresión de la autenticidad humana, el cristiano sabe que ha sido bautizado en Cristo, para participar en su muerte y resucitar por Él a vida nueva. Diferencia, porque ¿qué participación hay entre la justicia y la iniquidad?, ¿qué comunión entre la luz y las tinieblas?... o ¿qué asociación del creyente con el infiel? Pero diferencia que no es separación, indiferencia, ni temor o desprecio. La Iglesia no se opone a la humanidad, ni ha recibido sólo para custo-

dia su tesoro, antes para comunicación salvadora: Id y enseñad a todas las gentes.

Al comprender así el diálogo cual una dimensión esencial al ministerio apostólico, la *Ecclesiam suam* afirma mantenerse en continuidad con un estilo y directiva pastoral heredado de los pontífices anteriores, especialmente desde que León XIII emprendió la tarea de iluminar los problemas de nuestro tiempo por la palabra de Cristo mediante el ejercicio del Magisterio de la Iglesia. Paulo VI anuncia aquí su propósito de perseverar en esta tarea a la que contribuyeron mediante un magnífico y vastísimo patrimonio de doctrina, Pío XI y Pío XII, y que Juan XXIII se esforzó todavía en acercar más a la experiencia y a la comprensión del mundo contemporáneo.

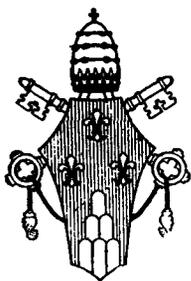
Contemplado el diálogo de salvación en la perspectiva de la naturaleza misma de la relación religiosa establecida por la Redención, diálogo nacido del amor de Dios, aparece como un arte de comunicación espiritual un modo de ejercicio de la misión apostólica. De aquí sus exigencias y sus leyes. Múltiple y diverso, con exigencia de hacerse todo a todos y clara comprensión de la imposibilidad de salvar al mundo desde fuera, el diálogo no puede consistir en un compromiso en la fe. Sólo la fidelidad total en la doctrina puede dar eficacia a un apostolado. Sólo viviendo en plenitud la vocación cristiana puede el apóstol inmunizarse de los errores de los hombres a quienes se ha de acercar.

Con esta clara precisión doctrinal se conexas la advertencia que en la segunda parte de la encíclica dirige Paulo VI a quienes son llevados, por un malentendido deseo apostólico de hallar acogida en las mentes modernas, especialmente juveniles, al abandono de lo auténticamente cristiano, y también a aquella parte del clero joven y a aquellos religiosos que por un inútil mimetismo renuncian a la eficacia genuina de su apostolado.

Si se tiene presente el carácter de misión apostólica del "diálogo de salvación" no se olvidará tampoco la fundamental verdad — olvidada por el exclusivismo del "testimonio" — de que el apostolado es esencialmente predicación, y el ministerio apostólico, antes que nada, ministerio de la Palabra. Consciente de su deber de proponerla al mundo por mandato divino, la Iglesia se siente con humilde seguridad como sal y luz del mundo. Por esto se asoma confiada a los caminos de la historia y se contempla con serenidad en el centro de los círculos más o menos cercanos a ella o aún enfrentados contra ella: ateos, hombres religiosos e incluso monoteístas, hijos del pueblo escogido que no han recibido todavía la fe en Cristo, cristianos separados de la Piedra sobre la que Cristo edificó su Iglesia.

El contenido de doctrina católica que se expresa así en las primeras páginas de la encíclica de Paulo VI, y a las que vertebra y sintetiza, se sitúa en la línea de progresivo desarrollo y explicitación del mensaje de la Realza de Cristo, especialmente en aquella dimensión de "actualidad psicológica" y de oportunidad histórico-social con que lo presentó al mundo Pío XI.

Nuestra revista quisiera perseverar modestamente en su propósito de contribuir a "poner en circulación las enseñanzas de que la Iglesia es depositaria y dispensadora", en particular en lo que respecta al cuerpo de doctrina religioso-político-social propuesto por el magisterio pontificio moderno. Cree así aportar también con esto su esfuerzo a un diálogo en obediencia y caridad en el seno de la comunidad católica.



La Santa Iglesia: su encuentro con la humanidad.

# «ECCLESIAM SUAM»

Habiendo Jesucristo fundado su Iglesia para que fuese al mismo tiempo madre amorosa de todos los hombres y dispensadora de salvación, se ve claramente porqué a lo largo de los siglos le han dado muestras de particular amor y le han dedicado especial solicitud todos aquellos que se han interesado por la gloria de Dios y por la salvación eterna de los hombres; entre éstos, como es natural, brillan los vicarios del mismo Cristo en la tierra, un número inmenso de obispos y sacerdotes y un maravilloso escuadrón de cristianos santos.

A todos, por tanto, les parecerá justo que Nos, al dirigir al mundo esta nuestra primera encíclica, después que por inescrutable designio de Dios hemos sido llamados al Sumo Pontificado, volvamos nuestro pensamiento amoroso y reverente a la santa Iglesia.

Por este motivo nos proponemos en esta encíclica aclarar lo más posible a los ojos de todos cuánta importancia tiene, por una parte, para la salvación de la sociedad humana, y con cuánta solicitud, por otra, la Iglesia lo desea, que una y otra se encuentren, se conozcan y se amen.

## PRÓLOGO

### LOS CAMINOS DE LA IGLESIA

Intención de Nuestro fraternal y paternal discurso.

Cuando, por gracia de Dios, tuvimos la fortuna de dirigirnos personalmente la palabra, en la apertura de la segunda sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II, en la fiesta de San Miguel Arcángel del año pasado, a todos vosotros reunidos en la basílica de San Pedro, os manifestamos el propósito de dirigirnos también por escrito, como es costumbre al principio de un Pontificado, nuestro fraternal y paternal discurso, para manifestaros algunos de los pensamientos que en nuestro espíritu se destacan sobre los demás y que nos parecen útiles para guiar prácticamente los comienzos de nuestro ministerio pontifical.

Verdaderamente nos es difícil determinar tales pensamientos, porque los tenemos que descubrir en la más cuidadosa meditación de la divina doctrina teniendo presente las palabras de Cristo: *“Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió”* (Jn., 7, 16); tenemos, además, que adaptarlos a las actuales condiciones de la Iglesia misma en una hora de actividad y conmoción, tanto de su interior experiencia espiritual como de su exterior esfuerzo apostólico; y no podemos, finalmente, ignorar el estado en que actualmente se halla la humanidad en medio de la cual se desenvuelve nuestra misión.

Pero no es nuestra ambición decir cosas nuevas ni completas, para esto está el Concilio, y su obra no debe ser turbada por esta nuestra sencilla conversación epistolar, sino, antes bien, honrada y alentada por ella. Esta nuestra encíclica no quiere revestir carácter solemne y propiamente doctrinal, ni proponer enseñanzas determinadas, morales o sociales, sino que simplemente aspira a ser un mensaje fraternal y familiar. Pues queremos tan sólo, con este nuestro escrito, cumplir el deber de descubrirnos nuestro ánimo, con la intención de dar a la comunión de fe y de caridad que afortunadamente existe entre nosotros una mayor cohesión y un mayor gozo, con el propósito de fortalecer nuestro ministerio, de atender mejor a las fructuosas celebraciones del Concilio Ecuménico mismo y de dar mayor claridad a algunos criterios doctrinales y prácticos que pueden útilmente guiar la actividad espiritual y apostólica de la Jerarquía eclesiástica y de cuantos le prestan obediencia y colaboración o incluso tan sólo benévola atención.

Carácter de la encíclica: como “sencilla conversación epistolar”.

Tres pensamientos:

Podemos decirnos sin más, venerables hermanos, que tres son los pensamientos que agitan nuestro espíritu cuando consideramos el altísimo oficio que la Providencia — contra nuestros deseos y méritos — nos ha querido confiar, de regir la Iglesia de Cristo en nuestra función de obispo de Roma y por lo mismo de sucesor del bienaventurado apóstol Pedro, administrador de las supremas llaves del reino de Dios y vicario de aquel Cristo que hizo de él el pastor primero de su grey universal; el pensamiento, decimos, de que ésta es la hora en que la Iglesia debe profundizar la conciencia de sí misma, debe meditar sobre el misterio que le es propio, debe explorar, para propia instrucción y edificación, la doctrina conocida, y en este siglo estudiada y difundida, acerca de su propio origen, de su propia naturaleza, de su propia misión, de su propia suerte final; pero doctrina nunca suficientemente estudiada y comprendida, ya que contiene *“la dispensación del misterio escondido por siglos en Dios... a fin de que venga a ser conocida... a través de la Iglesia”* (Ef. 3, 9-10), misteriosa reserva de los planes de Dios que mediante la Iglesia vienen a la luz; y ya que esta doctrina constituye hoy día el tema más interesante que otro ninguno de la reflexión de quien quiere ser dócil a Cristo, y tanto más por parte de quienes, como Nos y vosotros, venerables hermanos, han sido *“puestos por el Espíritu Santo como obispos para regir la Iglesia misma de Dios”* (Hch., 20, 28).

La Iglesia debe profundizar en su conciencia.

De esta iluminada y operante conciencia brota un espontáneo deseo de confrontar

Renovación según el plan de Cristo.

la imagen ideal de la Iglesia — tal como Cristo la vio, la quiso y la amó como su esposa santa e inmaculada (Ef., 5, 27 — y el rostro real que hoy la Iglesia presenta, fiel, por una parte, con la gracia divina a las líneas que su divino Fundador le imprimió y que el Espíritu Santo vivificó y desarrolló en el curso de los siglos en forma más amplia y más en consecuencia con el concepto inicial, y por otra, a la índole de la humanidad que iba ella evangelizando e incorporando; pero jamás suficientemente perfecto, jamás suficientemente santo y luminoso como la querría aquel divino concepto animador. Brota, por tanto, un anhelo generoso y casi impaciente de renovación, es decir, de enmienda de los defectos que denuncia y refleja la conciencia, a modo de examen interior frente al espejo del modelo que Cristo nos dejó de Sí. El segundo pensamiento, pues, que ocupa nuestro espíritu y que quisiéramos manifestaros, a fin de encontrar no sólo mayor aliento para emprender las debidas reformas, sino también para hallar en vuestra adhesión el consejo y apoyo en tan delicada y difícil empresa, es el ver cuál es el deber presente de la Iglesia de corregir los defectos de los propios miembros y hacerlos tender a mayor perfección y cuál es la vía para llegar con sabiduría a tan gran renovación.

Diálogo entre la Iglesia y el mundo moderno.

Nuestro tercer pensamiento, y vuestro también ciertamente, nacido de los dos primeros ya enunciados, es el de las relaciones que actualmente debe la Iglesia establecer con el mundo que la rodea y en medio del cual vive y trabaja. Una parte de este mundo, como todos saben, ha recibido profundamente el influjo del cristianismo y lo ha asimilado íntimamente — por más que a menudo no se dé cuenta que es al cristianismo a quien debe sus mejores cosas —, pero luego se ha ido separando y distinguiendo en estos últimos siglos del tronco cristiano de su civilización. Otra parte, la mayor de este mundo, se extiende a los ilimitados horizontes de los pueblos nuevos, como suele decirse; pero todo en conjunto es un mundo que ofrece a la Iglesia, no una, sino mil maneras de posibles contactos: abiertos y fáciles algunos, delicados y complejos otros, hostiles y refractarios a un amistoso coloquio, por desgracia, hoy muchísimos. Preséntase, pues, el problema llamado del diálogo entre la Iglesia y el mundo moderno. Es problema que toca al Concilio describir en su extensión y complejidad, y resolverlo, cuanto es posible, en los mejores términos. Pero su presencia, su urgencia son tales que constituyen un verdadero peso en nuestro espíritu, un estímulo, una vocación casi, que para Nos mismo y para vosotros, hermanos — que por igual, sin duda, habéis experimentado este tormento apostólico —, quisiéramos esclarecer en algún modo, como para hacernos idóneos a las discusiones y a las deliberaciones que en el Concilio todos juntos creamos necesarias en tan grave y multiforme materia.

Alusión a otros temas.

Vosotros mismos echaréis de ver que este sumario plan de nuestra encíclica no contempla el estudio de temas urgentes y graves que interesan no sólo a la Iglesia, sino a la humanidad, como la paz entre los pueblos y clases sociales, la miseria y el hambre que todavía afligen a enteras poblaciones, el acceso de las naciones jóvenes a la independencia y al progreso civil, las corrientes del pensamiento moderno y la cultura cristiana, las condiciones infelices de tanta gente y de tantas porciones de la Iglesia a quienes se niegan los derechos propios de ciudadanos libres y de personas humanas, los problemas morales acerca de la natalidad y así otros. Ya desde ahora decimos que nos sentiremos particularmente obligados a volver no sólo nuestra vigilante y cordial atención al grande y universal problema de la paz en el mundo, sino también el interés más asiduo y eficaz. Ciertamente lo haremos dentro del ámbito de nuestro ministerio, extraño por lo mismo a todo interés puramente temporal y a las formas propiamente políticas, pero con toda solicitud de contribuir a la educación de la humanidad en los sentimientos y procedimientos contrarios a todo conflicto violento y homicida y favorables a todo pacífico arreglo, civilizado y racional, de las relaciones entre las naciones. Solicitud nuestra será igualmente apoyar la armónica convivencia y la fructuosa colaboración entre los pueblos con la proclamación de los principios humanos superiores que puedan ayudar a suavizar los egoísmos y las pasiones — fuente de donde brotan los conflictos bélicos —. Y no dejaremos de intervenir, donde se nos ofrezca la oportunidad, para ayudar a las partes contendientes a encontrar honorables y fraternas soluciones. No olvidamos, en efecto, que este amoroso servicio es un deber que la maduración de las doctrinas, por una parte, y de las instituciones internacionales, por otra, hace hoy más urgente teniendo presente que nuestra misión cristiana en el mundo es la de hacer hermanos a los hombres en virtud del reino de la justicia y de la paz inaugurado con la venida de Cristo al mundo. Mas si ahora nos limitamos a algunas consideraciones de carácter metodológico para la vida propia de la Iglesia, no nos olvidamos de aquellos grandes problemas — a algunos de los cuales el Concilio dedicará su atención — mientras que Nos esperamos poder hacerlos objeto de estudio y de acción en el sucesivo ejercicio de nuestro ministerio apostólico, como al Señor le placirá darnos la inspiración y la fuerza.

El problema de la paz.

## I

### LA CONCIENCIA

El primer deber de la Iglesia, hoy: la reflexión sobre sí misma.

Pensamos que es deber de la Iglesia ahora ahondar en la conciencia que ella tiene que tener de sí, en el tesoro de verdad de que es heredera y custodia y en la misión que ella debe ejercitar en el mundo. Aun antes de proponerse el estudio de ninguna otra particular cuestión, y aun antes de considerar la actitud que ha de adoptar frente al mundo que la rodea, la Iglesia debe en este momento reflexionar sobre sí misma para confirmarse en la ciencia de los planes que Dios tiene sobre ella, para hallar más luz, nueva energía y mejor

gozo en el cumplimiento de su propia misión y para determinar los mejores medios que hagan más cercanos, operantes y benéficos sus contactos con la humanidad a la cual ella misma pertenece, aun distinguiéndose por caracteres propios inconfundibles.

Creemos, en efecto, que este acto de reflexión recae sobre la manera misma que Dios ha tenido de manifestarse a los hombres y de establecer con ellos aquellas relaciones religiosas de las cuales la Iglesia es a un tiempo instrumento y expresión. Porque si bien es verdad que la divina revelación se ha llevado a cabo "*de muchas y diversas maneras*" (Hbr., 1, 1), con hechos históricos exteriores e incontestables, ella, sin embargo, se ha introducido en la vida humana por las vías propias de la palabra y de la gracia de Dios, que se comunica interiormente a las almas mediante la predicación del mensaje de la salvación y mediante el consiguiente acto de fe de quien lo escucha, que está al principio de nuestra justificación.

Quisiéramos que esta reflexión sobre el origen y sobre la naturaleza de la relación nueva y vital que la religión de Cristo establece entre Dios y el hombre asumiese el sentido de un acto de docilidad a la palabra del divino Maestro dirigida a sus oyentes y especialmente a sus discípulos, entre los cuales Nos mismo con toda razón nos complacemos en contarnos. Entre tantas otras, escogeremos una de las más graves y repetidas recomendaciones hechas por el Señor y válida todavía hoy para quien quiera profesarse fiel seguidor suyo: la de la vigilancia. Es verdad que este aviso del Maestro se refiere principalmente al destino último del hombre, próximo o lejano en el tiempo. Mas precisamente porque esta vigilancia debe estar siempre presente y operante en la conciencia del siervo fiel es la determinante de su conducta moral, práctica y actual que debe caracterizar al cristiano en el mundo. La amonestación a la vigilancia viene intimada por el Señor aun en orden a los hechos próximos y cercanos, es decir, a los peligros y a las tentaciones que pueden hacer decaer o desviar la conducta del hombre (Mt., 26, 41). Así es fácil descubrir en el Evangelio una continua invitación a la rectitud del pensamiento y de la acción. ¿Por ventura, no se refería a ella la predicación del Precursor con que se abre la escena pública del Evangelio? Y Jesús mismo, ¿no ha invitado a acoger interiormente el reino de Dios? (Mt., 17, 21). Toda su pedagogía, ¿no es una exhortación, una iniciación a la interioridad? La conciencia psicológica y la conciencia moral están llamadas por Cristo a una plenitud simultánea, casi como condición para poder recibir, tal como conviene al hombre, los dones divinos de la verdad y de la gracia. Y la conciencia del discípulo será luego recuerdo (Mt., 26, 75; Lc., 24, 8; Jn., 14, 26; Jn., 16, 4) de cuanto Jesús había enseñado y de cuanto a su alrededor había sucedido, y se desenvolverá y se precisará comprendiendo mejor quién era Él y de qué cosa había sido Maestro y autor.

El nacimiento de la Iglesia y el encenderse de su conciencia profética son los dos hechos característicos y coincidentes de Pentecostés y juntos se acrecentarán: la Iglesia en su organización y en su desenvolvimiento jerárquico y comunitario; la conciencia de la propia vocación, de la propia misteriosa naturaleza, de la propia doctrina, de la propia misión acompañará gradualmente tal desenvolvimiento, según el deseo formulado por San Pablo: "*Y esto pido en mi oración, que vuestra caridad rebose todavía más y más en cabal conocimiento y en todo discernimiento*" (Fil., 1, 9).

Podríamos expresar de otra manera esta invitación nuestra que dirigimos tanto a las personas particulares que quieran acogerlo — a cada uno de vosotros, en consecuencias, venerables hermanos, y a aquellos que con vosotros siguen nuestra enseñanza y la vuestra — como también a la entera "*congregatio fidelium*" colectivamente considerada, que es la Iglesia. Podríamos, pues, invitar a todos a realizar un vivo, profundo y consciente acto de fe en Jesucristo, Nuestro Señor. Deberíamos caracterizar este momento de nuestra vida religiosa con esta profesión de fe, firme y convencida, aunque siempre humilde y temblorosa, tal como aquella que leemos en el Evangelio en labios del ciego de nacimiento: "*¡Creo, Señor!*" (Jn., 9, 38), o también aquella de Marta, en el mismo Evangelio: "*Sí, Señor, yo he creído que Tú eres el Mesías, Hijo de Dios vivo, que ha venido a este mundo*" (Jn., 11, 27); o aquella otra, para nosotros tan dulce, de Simón, que luego fue llamado Pedro: "*Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios viviente*" (Mt., 16, 16).

Y ¿por qué nos atrevemos a invitaros a este acto de conciencia eclesial, a este acto de fe explícito, bien que interior?

Creemos que hay muchos motivos, derivados todos ellos de las exigencias profundas y esenciales del momento particular en que se encuentra la vida de la Iglesia.

Ella tiene necesidad de reflexionar sobre sí misma; tiene necesidad de sentirse vivir. Debe aprender a conocerse mejor, si quiere vivir su propia vocación y ofrecer al mundo su mensaje de fraternidad y salvación. Tiene necesidad de experimentar a Cristo en sí misma, según las palabras del apóstol Pablo: "*Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones*" (Ef., 3, 17). Todos saben cómo la Iglesia está inmersa en la humanidad, forma parte de ella; de ella proceden sus miembros, de ella extrae preciosos tesoros de cultura, y cómo sufre sus vicisitudes históricas y también contribuye a sus éxitos. Ahora bien, todos saben por igual que la humanidad en este tiempo está en vía de grandes transformaciones, alteraciones y progresos, que cambian profundamente no sólo sus formas exteriores de vida, sino también sus modos de pensar. Su pensamiento, su cultura, su espíritu, vienen a modificarse íntimamente ya con el progreso científico, técnico y social, ya también con las corrientes del pensamiento filosófico y político que la invaden y atraviesan. Todo ello, como las olas de un mar, envuelve y sacude a la Iglesia misma: los espíritus de los hombres que a ella se confían están fuertemente influidos por el clima del mundo temporal; de tal manera que un peligro como de vértigo, de aturdimiento, de aberración, puede sacudir su

La divina revelación por las vías de la palabra y la predicación.

Docilidad a la palabra de Cristo.

Deber de vigilancia.

Exhortación a la interioridad. Recuerdo y comprensión de la enseñanza de Cristo.

Invitación a un acto consciente y expreso de fe en Jesucristo.

Razones de este aviso, derivadas de las exigencias del momento presente.

La Iglesia necesita sentirse vivir, experimentar a Cristo en sí misma. La Iglesia inmersa en la humanidad, que está en camino de grandes transformaciones.

Peligro de acogerse a pensamientos extraños, como si la Iglesia debiese desdeñarse y aceptar novísimas formas de vida.

Los errores del modernismo, que vemos hoy revivir, ejemplo de contagio profano en la vida de la Iglesia.

El remedio: el auténtico magisterio iluminado por el Espíritu Santo. La mente de Cristo contenida en la Escritura y en la Tradición.

Trabajo de los estudiosos y las enseñanzas pontificias. El Concilio Vaticano I, del que el II no es sino continuación y complemento. Las encíclicas *Satis Cognitum* y *Mystici Corporis*.

misma solidez e inducir a muchos a ir tras los más extraños pensamientos, imaginando como si la Iglesia debiera renegar de sí misma y abrazar novísimas e impensadas formas de vida. Así, por ejemplo, el fenómeno modernista — que todavía aflora en diversas tentativas de expresiones heterogéneas extrañas a la auténtica realidad de la religión católica —, ¿no fue precisamente un episodio semejante de predominio de las tendencias psicológico-culturales propias del mundo profano sobre la fiel y genuina expresión de la doctrina y de la norma de la Iglesia de Cristo? Ahora bien, creemos que para inmunizarse contra tal peligro, siempre inminente y múltiple, proveniente de muchas partes, remedio bueno y obvio es el profundizar en la conciencia de la Iglesia, en lo que ella es verdaderamente, según la mente de Cristo contenida en la Escritura y en la Tradición, e interpretada y desarrollada en la genuina tradición eclesiástica, la cual está, como sabemos, iluminada y guiada por el Espíritu Santo dispuesto siempre, cuando se lo pedimos y cuando le escuchamos, a dar indefectible cumplimiento a la promesa de Cristo: “*El Espíritu, que el Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo cuanto Yo os hubiere dicho*” (Jn., 14, 26).

Análogo discurso podríamos hacer acerca de los errores que se introducen aún dentro de la Iglesia misma y que engañan a aquellos que tienen un conocimiento parcial de su naturaleza y de su misión, sin tener en cuenta suficientemente los documentos de la revelación divina y las enseñanzas del magisterio instituido por el mismo Cristo.

Por lo demás, esta necesidad de considerar las cosas conocidas en un acto reflejo para contemplarlas en el espejo interior del propio espíritu, es característico de la mentalidad del hombre moderno; su pensamiento se inclina fácilmente sobre sí mismo y sólo entonces goza de certeza y plenitud cuando ésta se ilumina en su propia conciencia. No es que esta costumbre esté exenta de peligros graves — ciertas corrientes filosóficas de gran renombre han explorado y engrandecido esta forma de actividad espiritual del hombre como definitiva y suprema, más aún, como medida y fuente de la realidad, llevando así el pensamiento a conclusiones abstrusas, desoladas, paradójicas y radicalmente falaces —; pero esto no impide que la educación en la búsqueda de la verdad refleja en el interior de la conciencia sea por sí altamente apreciable y hoy prácticamente difundida como expresión exquisita de la moderna cultura; como tampoco impide que, bien coordinada con la formación del pensamiento para descubrir la verdad en el punto en que ésta coincide con la realidad del ser objetivo, el ejercicio de la conciencia revele siempre mejor a quien lo usa, el hecho de la existencia del propio ser, la propia dignidad espiritual, la propia capacidad de conocer y de obrar.

Bien sabido es, además, cómo la Iglesia, en estos últimos tiempos, ha emprendido, por obra de insignes investigadores, de almas grandes y reflexivas, de escuelas teológicas calificadas, de movimientos pastorales y misioneros, de experiencias religiosas de nota, pero principalmente por obra de enseñanzas pontificias memorables, un mejor estudio de sí misma.

Muy largo sería aun el sólo mencionar toda la abundancia de la literatura teológica que tiene por objeto la Iglesia y que ha brotado de su seno en el siglo pasado y en el nuestro; como también sería muy largo evocar los documentos que el Episcopado católico y esta Sede Apostólica han publicado sobre tema de tanta amplitud e importancia. Desde la época en que el Concilio de Trento trató de reparar las consecuencias de la crisis que desgarró de la Iglesia muchos de sus miembros en el siglo XVI, la doctrina sobre la Iglesia misma tuvo grandes cultivadores y, en consecuencia, gran desenvolvimiento. Bástenos aquí aludir a las enseñanzas del Concilio Ecueménico Vaticano I en este terreno, para comprender cómo el tema del estudio sobre la Iglesia obliga no sólo a los pastores y maestros, sino a los fieles mismos y a los cristianos todos a detenerse en él, como en una estación forzosa en el camino hacia Cristo y toda su obra; tanto que, como ya dijimos, el Concilio Ecueménico Vaticano II no es otra cosa sino una continuación y un complemento del primero, precisamente por el empeño que tiene de volver a examinar y definir la doctrina de la Iglesia. Y si no añadimos más, por amor de la brevedad, hablando como estamos a quien conoce muy bien esta materia de la catequesis y de la espiritualidad tan difundidas hoy en la santa Iglesia, no podemos, sin embargo, dejar de mencionar con particular recuerdo dos documentos; nos referimos a la encíclica *Satis Cognitum*, del Papa León XIII (1896), y la encíclica *Mystici Corporis*, del Papa Pío XII (1943), documentos que nos ofrecen amplia y luminosa doctrina sobre la divina institución por medio de la cual Cristo continúa en el mundo su obra de salvación y sobre la cual estamos nosotros ahora hablando. Baste recordar las palabras con que se abre el segundo de tales documentos pontificios, que ha llegado a ser, puede decirse, texto autorizado acerca de la teología de la Iglesia y fuente de meditaciones espirituales sobre esta obra de la divina misericordia que a todos nos concierne. Recordemos, pues, las magistrales palabras de nuestro grande predecesor:

“La doctrina del Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, recibida de labios del mismo Redentor, y que pone en su debida luz el grande y nunca suficientemente celebrado beneficio de nuestra íntima unión con tan excelsa Cabeza, es ciertamente de naturaleza tan grandiosa y sublime que invita a la contemplación a todos cuantos son movidos por el Espíritu de Dios, e iluminando sus inteligencias, los incita eficazmente a aquellas obras saludables que derivan de esta misma doctrina” (A. A. S., XXXV, pág. 193, año 1943).

Para corresponder a esta invitación, que consideramos todavía operante en nuestra alma, y de tal modo que expresa una de las necesidades fundamentales de la vida de la Iglesia en nuestro tiempo, la proponemos aún hoy a fin de que ilustrados cada vez mejor con el conocimiento del mismo Cuerpo Místico sepamos apreciar sus divinos significados, fortaleciendo así nuestro espíritu con incomparables alientos y procurando disponernos cada vez más a corresponder a los deberes de nuestra misión y a las necesidades de la humanidad.

Y no nos parece tarea difícil cuando, por una parte vemos, como decíamos, una inmensa floración de estudios que tienen por objeto la santa Iglesia, y, por otra, sabemos que sobre ella principalmente ha fijado su mirada el Concilio Euménico Vaticano II. Deseamos tributar un vivo elogio a los estudiosos que, particularmente estos últimos años, han dedicado al estudio eclesiológico con perfecta docilidad al magisterio católico y con genial aptitud de investigación y de expresión, fatigosos, largos y fructuosos trabajos, y que así en las escuelas teológicas como en la discusión científica y literaria, así en la apología y divulgación doctrinal como también en la asistencia espiritual a las almas de los fieles y en la conversación con los hermanos separados han ofrecido múltiples ilustraciones sobre la doctrina de la Iglesia, algunas de las cuales son de mucho valor y de gran utilidad.

De esta manera tenemos confianza en que la labor del Concilio será asistida con la luz del Espíritu Santo y será continuada y llevada a feliz término con tal docilidad a sus divinas inspiraciones, con tal tesón en la investigación más profunda e integral del pensamiento originario de Cristo y de sus necesarias y legítimas evoluciones en el correr de los tiempos, con tal solicitud por hacer de las verdades divinas argumento para unir — no ya dividir los ánimos en estériles discusiones o dolorosas escisiones, sino para conducirlos a una mayor claridad y concordia —, que resulte a gloria de Dios, gozo de la Iglesia y edificación al mundo.

De propósito nos abstenemos de pronunciar en esta encíclica sentencia alguna sobre los puntos doctrinales relativos a la Iglesia, los cuales se encuentran sometidos al Concilio en curso, que estamos llamados a presidir. Queremos dejar ahora a tan elevada y autorizada asamblea libertad de estudio y de palabra, reservando a nuestro apostólico oficio de maestro y de pastor, puesto a la cabeza de la Iglesia de Dios, el momento de expresar nuestro juicio, contentísimos si podemos ofrecerlo en plena conformidad con el de los padres conciliares.

Pero no podemos omitir una rápida alusión a los frutos que Nos esperamos que se derivarán, ya del Concilio mismo, ya del esfuerzo antes mencionado que la Iglesia debe realizar para adquirir una conciencia más plena y más fuerte de sí misma. Estos frutos son los objetivos que proponemos a nuestro ministerio apostólico mientras iniciamos sus dulces y enormes fatigas; son el programa, por decirlo así, de nuestro pontificado, y a vosotros, venerables hermanos, os lo exponemos brevemente, pero con sinceridad, para que nos ayudéis gustosamente a llevarlo a la práctica, con vuestro consejo, vuestra adhesión y vuestra colaboración. Pero juzgamos que al abriros nuestro ánimo se lo abrimos a todos los fieles de la Iglesia de Dios y aun a los mismos a quienes más allá de los claros límites del redil de Cristo pueda llegar el eco de nuestra voz.

El primer fruto de la conciencia profundizada de la Iglesia sobre sí misma es el renovado descubrimiento de su relación vital con Cristo. Cosa conocidísima, pero fundamental, indispensable, nunca bastante sabida, meditada y exaltada. ¿Qué no debería decirse acerca de este capítulo central de todo nuestro patrimonio religioso? Afortunadamente vosotros conocéis bien esta doctrina. Y Nos no añadiremos una sola palabra si no es para recomendaros que la tengáis siempre presente como la primera, como guía en vuestra vida espiritual y en vuestra predicación. Valga más que la nuestra la exhortación de nuestro mencionado predecesor en la citada encíclica *Mystici Corporis*: “*Es menester que nos acostumbremos a ver en la Iglesia al mismo Cristo. Porque es Cristo quien vive en su Iglesia, quien enseña por ella, quien por ella gobierna y comunica la santidad; Cristo es también el que de diversas maneras se manifiesta en los diversos miembros sociales de su cuerpo*” (A. A. S., *ibidem*, página 238). ¡Oh qué grato nos sería entretenernos con las reminiscencias que de la Sagrada Escritura, de los padres, de los doctores y de los santos afluyen a nuestro espíritu al pensar de nuevo en este luminoso punto de nuestra fe! ¿No nos ha dicho Jesús mismo que Él es la vid y nosotros los sarmientos? (Jn., 15, 1 sigs.). ¿No tenemos ante nuestra mente toda la riquísima doctrina de San Pablo, quien no cesa de recordarnos: “*Vosotros sois una sola cosa en Cristo Jesús*” (Gal., 3, 28) y de recomendarnos que “*... crezcamos en Él en todos sentidos, en Él que es la Cabeza Cristo, por quien vive todo el cuerpo...*” (Ef., 4, 15-16) y de amonestarnos “*... todas las cosas y en todos Cristo*”? (Col., 3, 11). Bástenos, por todos recordar entre los maestros a San Agustín: “*... alegrémonos y demos gracias, porque hemos sido hechos no sólo cristianos, sino Cristo. ¿Entendéis, os dais cuenta, hermanos, del favor que Dios nos ha hecho? Admiraos, gozaos, hemos sido hechos Cristo. Pues si Él es Cabeza, nosotros somos sus miembros; el hombre total Él y nosotros... la plenitud, pues, de Cristo, la Cabeza y los miembros. ¿Qué es Cabeza y miembros? Cristo y la Iglesia*” (In Jn. trac., 21, 8; P. L., 35, 1568).

Bien sabemos que esto es un misterio. Es el misterio de la Iglesia. Y si nosotros, con la ayuda de Dios, fijamos la mirada del ánimo en este misterio, conseguiremos muchos beneficios espirituales, precisamente aquellos de los cuales creemos que ahora la Iglesia tien

Elogio de los teólogos que han tratado el misterio de la Iglesia.

Confianza en el Concilio: investigación íntegra del pensamiento de Cristo y de su obligado y legítimo desarrollo.

Queremos que el Concilio examine con libertad la doctrina sobre la Iglesia.

Nos alegraría que Nuestro juicio como Maestro y Pastor supremo pueda ser conforme en todo al de los Padres.

Los frutos que esperamos del Concilio, son también los fines de Nuestro pontificado.

Renovado descubrimiento de la relación vital de la Iglesia con Cristo.

Cristo vive en la Iglesia.

La vid y los sarmientos, la Cabeza y el Cuerpo.

La conciencia del misterio de la Iglesia fruto de fe madura y vida. No sólo objeto de teología, sino hecho de connatural experiencia.

mayor necesidad. La presencia de Cristo, más aún, su misma vida se hará operante en cada una de las almas y en el conjunto del Cuerpo Místico, mediante el ejercicio de la fe viva y vivificante, según la palabra del Apóstol: "*Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones*" (Ef., 3, 17). Y realmente la conciencia del misterio de la Iglesia es un hecho de fe madura y vivida. Produce en el alma el "sentido de la Iglesia" que penetra al cristiano educado en la escuela de la divina palabra, alimentado por la gracia de los Sacramentos y por las inefabables inspiraciones del Paráclito, ejercitado en la práctica de las virtudes evangélicas, empapado en la cultura y en la conversación de la comunidad eclesial y profundamente alegre de verse revestido del real sacerdocio que es propio del pueblo de Dios (I Pt., 2, 9). El misterio de la Iglesia no es mero objeto de conocimiento teológico, sino que debe ser un hecho vivido, del cual el alma fiel aún antes que un claro concepto puede tener una como connatural experiencia; y la comunidad de los creyentes puede hallar la última certeza en su participación en el Cuerpo Místico de Cristo cuando se da cuenta que es el ministerio de la Jerarquía eclesiástica el que por divina institución provee a iniciarla, a engendrarla (Gal., 4, 19; I Cor., 4, 15), a instruirla, a santificarla, a dirigirla, de tal manera que mediante este bendito canal, Cristo difunde en sus miembros místicos las admirables comunicaciones de su verdad y de su gracia, y da a su Cuerpo Místico, mientras peregrina en el tiempo, su visible estructura, su noble unidad, su orgánica funcionalidad, su armónica variedad y su belleza espiritual. Las imágenes no son capaces de trasladar a conceptos a nosotros accesibles la realidad y la profundidad de este misterio; pero de una especialmente — después de la mencionada del Cuerpo Místico sugerida por el apóstol Pablo — debemos conservar el recuerdo, porque el mismo Cristo la sugirió, y es la del edificio del cual Él es el arquitecto y el constructor, cimentado sí sobre un hombre naturalmente frágil, pero transformado por Él milagrosamente en sólida roca, es decir, dotado de prodigiosa y perenne indefectibilidad: "*Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*" (Mt., 16, 18).

La educación en el sentido de Iglesia conduciría a la superación de antinomias hoy vigentes.

Si logramos despertar en nosotros mismos y educar en los fieles, con profunda y vigilante pedagogía, este fortificante sentido de la Iglesia, muchas antinomias que hoy fatigan el pensamiento de los estudiosos de la eclesiología — cómo, por ejemplo, la Iglesia es visible y a la vez espiritual, cómo es libre y al mismo tiempo disciplinada, cómo es comunitaria y jerárquica, cómo santa ya y siempre en vías de santificación, cómo es contemplativa y activa, y así en otras cosas — serán prácticamente dominadas y resueltas con la experiencia iluminada por la doctrina, por la realidad viviente de la Iglesia misma; pero, sobre todo, logrará ella un resultado, el de una magnífica espiritualidad, alimentada con la piadosa lectura de la Sagrada Escritura, de los santos padres y doctores de la Iglesia, y con cuanto contribuye a engendrar en ella esa conciencia. Nos referimos a la catequesis cuidadosa y sistemática, a la participación en la admirable escuela de palabras, de signos y de divinas efusiones que es la sagrada liturgia, a la meditación silenciosa y ardiente de las verdades divinas y, finalmente, a la entrega generosa a la oración contemplativa. La vida interior sigue siendo como el gran manantial de la espiritualidad de la Iglesia, su modo propio de recibir las irradiaciones del Espíritu de Cristo, expresión radical insustituible de su actividad religiosa y social e inviolable defensa y renaciente energía de su difícil contacto con el mundo profano.

La vida interior fuente de actividad apostólica.

Es necesario volver a dar toda su importancia al hecho de haber recibido el santo bautismo, es decir, de haber sido injertado, mediante tal sacramento, en el Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia. Y esto especialmente en la valoración consciente que el bautizado debe hacer de su elevación, más aún, de su regeneración a la felicísima realidad de hijo adoptivo de Dios, a la dignidad de hermano de Cristo, a la suerte, queremos decir, a la gracia y al gozo de la inhabitación del Espíritu Santo, a la vocación a una vida nueva, que nada ha perdido de humano, salvo la desgracia del pecado original, y que es capaz de dar las mejores manifestaciones y probar los más ricos y puros frutos de todo lo que es humano. El ser cristiano, el haber recibido el santo bautismo, no debe ser considerado como cosa indiferente o sin valor, sino que debe marcar profunda y dichosamente la conciencia de todo bautizado; debe ser, en verdad, considerado por él — como lo fue por los cristianos antiguos — una *iluminación*, que haciendo caer sobre él el rayo vivificante de la verdad divina le abre el cielo, le esclarece la vida terrena, le capacita a caminar como hijo de la luz hacia la visión de Dios, fuente de eterna felicidad.

Conocimiento del valor del bautismo.

Es fácil comprender qué programa pone delante de nosotros y de nuestro ministerio esta consideración, y Nos gozamos al observar que está ya en vías de ejecución en toda la Iglesia y promovido con iluminado y ardiente celo. Nos lo alentamos, Nos lo recomendamos, Nos los bendecimos.

## II

### LA RENOVACIÓN

Que la Iglesia sea cual Cristo la quiere.

Nos embarga además el deseo de que la Iglesia de Dios sea cual Cristo la quiere, una, santa, enteramente consagrada a la perfección a la cual Él la ha llamado y para la cual la ha preparado. Perfecta en su concepción ideal, en el pensamiento divino, la Iglesia debe tender a la perfección en su expresión real, en su existencia terrena. Este es el gran problema moral que domina la vida entera de la Iglesia, el que da su medida, el que la estimula, la acusa, la sostiene, la llena de gemidos y de súplicas, de arrepentimiento y de esperanza, de

- Sólo la enseñanza de Cristo ilumina la situación humana.
- Buscando los caminos de la perfección cristiana.
- Atención a las circunstancias en que se despliega la vida de la Iglesia. Ésta no está separada del mundo.
- Situación problemática, hoy laboriosísima, planteada por la inmanencia de la Iglesia en la sociedad temporal.
- La Iglesia ha de guardarse de lo que pueda engañarla, "profanarla" y "sofocarla".
- La Iglesia no sólo ha de adaptarse a las diversas formas de pensamiento y de costumbres, en cuanto sean compatibles con sus exigencias esenciales, sino que ha de ennoblecerlas y santificarlas.
- Deber urgente de vigilancia.
- Carácter providencial del Concilio en su finalidad pastoral y de "aggiornamento". Despierta el deseo de conservar la autenticidad sobrenatural de la vida cristiana.
- El Concilio emprenderá reformas en la legislación de la Iglesia.
- Nos nos proponemos favorecer esta tarea, que muchas veces en los siglos pasados va asociada a la historia de los Concilios.
- La "reforma" no se refiere a la esencia ni a las estructuras fundamentales de la Iglesia. La Santa y querida Iglesia de Dios no puede ser acusada de infidelidad.
- No es orgullo ni presunción sino convicción gozosa la que tenemos de ser, en la Iglesia católica, miembros del Cuerpo de
- esfuerzo y de confianza, de responsabilidades y de méritos. Es un problema inherente a la realidad teológica de la que la vida humana depende; no se puede concebir el juicio sobre el hombre mismo, sobre su naturaleza, sobre su perfección originaria y sobre las ruinosas consecuencias del pecado original, sobre la capacidad del hombre para el bien y sobre la ayuda que necesita para desearlo y realizarlo, sobre el sentido de la vida presente y de sus fines, sobre los valores que el hombre desea o de los que dispone, sobre el criterio de perfección y de santidad y sobre los medios y los modos de dar a la vida su grado más alto de belleza y de plenitud, sin referirse a la enseñanza doctrinal de Cristo y del consiguiente magisterio eclesiástico. El ansia de conocer los caminos del Señor es y debe ser continua en la Iglesia, y Nos queríamos que la discusión, siempre tan fecunda y variada que sobre las cuestiones relativas a la perfección se va sosteniendo de siglo en siglo en el seno de la Iglesia, recobrase el supremo interés que merece tener, y esto no tanto para elaborar nuevas energías, encaminadas precisamente a la santidad que Cristo nos enseñó y que con su ejemplo, con su palabra, con su gracia, su escuela, sostenida por la tradición eclesiástica, fortificada con su acción comunitaria, ilustrada con las singulares figuras de los santos, nos hace posible conocerla, desearla y aun conseguirla.
- Este estudio de perfeccionamiento espiritual y moral se ve estimulado aun exteriormente por las condiciones en que la Iglesia desarrolla su vida. No puede permanecer inmóvil e indiferente ante los cambios del mundo que le rodea. De mil maneras éste influye y condiciona la conducta práctica de la Iglesia. Ella, como todos saben, no está separada del mundo vivo, sino que vive en él. Por eso los miembros de la Iglesia reciben su influjo, respiran su cultura, aceptan sus leyes, adoptan sus costumbres. Este contacto inmanente de la Iglesia con la sociedad temporal le crea una continua situación problemática, hoy laboriosísima. Por una parte, la vida cristiana, cual la Iglesia la defiende y promueve, debe continua y valerosamente evitar cuanto pueda engañarla, profanarla, sofocarla, tratando de inmunizarse del contagio del error y del mal; por otra, no sólo debe adaptarse a los modos de concebir y de vivir que el ambiente temporal le ofrece y le impone, en cuanto sean compatibles con las exigencias esenciales de su programa religioso y moral, sino que debe procurar acercarse a él, purificarla, ennoblecerla, vivificarla y santificarla; tarea ésta que impone a la Iglesia un perenne examen de vigilancia moral y que nuestro tiempo reclama con particular urgencia y con singular gravedad.
- También a este propósito la celebración del Concilio es providencial. El carácter pastoral que se propone adoptar, los fines prácticos de "poner al día" la disciplina canónica, el deseo de facilitar lo más posible — en armonía con el carácter sobrenatural que le es propio — la práctica de la vida cristiana, confieren a este Concilio un valor particular desde este momento cuando aún falta la mayor parte de las deliberaciones que de él esperamos. En efecto, tanto en los pastores como en los fieles el Concilio despierta el deseo de conservar y acrecentar en la vida cristiana su carácter de autenticidad sobrenatural y recuerda a todos el deber de imprimir tal carácter positiva y fuertemente en la propia conducta, ayuda a los débiles a ser buenos, a los buenos a ser mejores, a los mejores a ser generosos y a los generosos a ser santos. Descubre nuevas expresiones de santidad, excita el amor a hacerse fecundo, provoca nuevos impulsos de virtud y de heroísmo cristiano.
- Naturalmente, corresponderá al Concilio sugerir cuáles son las reformas que han de introducirse en la legislación de la Iglesia y las Comisiones posconciliares, sobre todo la constituida para la revisión del Código de Derecho Canónico, y designada por Nos desde ahora, procurarán formular en términos concretos las deliberaciones del sínodo ecuménico. A vosotros, pues, venerables hermanos, os tocará indicarnos las medidas que se han de tomar para hermosear y rejuvenecer el rostro de la santa Iglesia. Quede una vez más manifiesto nuestro propósito de favorecer esta reforma: ¡Cuántas veces en los siglos pasados este propósito ha estado asociado en la historia de los Concilios! Pues bien, séalo una vez más, y ésta no ya para desarraigir de la Iglesia determinadas herejías y generales desórdenes, que gracias a Dios no existen en su seno, sino para infundir nuevo rigor espiritual en el Cuerpo Místico de Cristo, en cuanto sociedad visible purificándolo de los defectos de muchos de sus miembros y estimulándolo a nuevas virtudes.
- Para que esto llegue a realizarse, mediante el divino auxilio, séanos permitido presentar ahora algunas consideraciones previas que sirvan para facilitar la obra de la renovación, para infundirle el valor que ella necesita — pues, en efecto, no se puede llevar a cabo sin algún sacrificio — y para trazarle algunas líneas según las cuales pueda mejor realizarse.
- Ante todo debemos recordar algunos criterios que nos adviertan las orientaciones con que procurar esta reforma. La cual no puede referirse ni a la concepción esencial, ni a las estructuras fundamentales de la Iglesia católica. La palabra reforma estaría mal empleada si la usáramos en ese sentido. No podemos acusar de infidelidad a nuestra amada y santa Iglesia de Dios, pues tenemos por suma gracia pertenecer a ella y sube a nuestra alma el testimonio que de ella viene "que somos hijos de Dios" (Rom., 8, 16). ¡Oh, no es orgullo, no es presunción, no es obstinación, no es locura, sino luminosa certeza y gozosa convicción la que tenemos de haber sido constituidos miembros vivos y genuinos del Cuerpo de Cristo, de ser auténticos herederos del Evangelio de Cristo, de ser continuadores directos de los Apóstoles, de poseer en el gran patrimonio de verdades y costumbres que caracterizan a la Iglesia católica, tal cual hoy es, la herencia intacta y viva de la tradición originaria apostólica. Si esto constituye nuestro blasón, o mejor, el motivo por el cual debemos "dar gracias a Dios siempre" (Ef., 5, 20) constituye también nuestra responsabilidad ante Dios mismo, a

Cristo. Debemos conservar este tesoro ante los hermanos separados, para que todos participen con nosotros del don de Dios.

La reforma no puede entenderse sino como ratificación en el esfuerzo por conservar en la Iglesia la fisonomía que Cristo le dio.

Es engañoso el criterio de reducir la Iglesia a sus primitivas proporciones y el propósito de renovar, por vía carismática, la estructura de la Iglesia.

Debemos amar y servir a la Iglesia tal cual es.

Peligro de que los fieles entiendan la "reforma" de la Iglesia como adaptación a la mundanidad.

Piensan algunos que ha llegado el momento de que la Iglesia haga suya la concepción profana de la vida.

Este fenómeno de "adaptación" se hace sentir en lo filosófico y en lo práctico.

El naturalismo vacía de contenido el concepto del cristianismo.

El relativismo atenta al carácter absoluto de los principios cristianos.

El hábito de rehuir todo esfuerzo acusa de inutilidad la ascesis cristiana.

A veces el deseo apostólico de hallar acogida en las mentes modernas, especialmente juveniles, lleva al abandono de lo auténticamente cristiano.

Incluso el clero joven, y algunos religiosos, renuncian a la eficacia genuina del apostolado por un inútil mimetismo.

No inmovilidad en las formas, ni actitud refractaria a las costumbres y modo de ser de nuestro tiempo. La palabra programática es "aggiornamento".

El secreto del rejuvenecimiento de la Iglesia no es el cambio de su legislación, sino la actitud de obediencia a Cristo.

La simplificación de las leyes eclesásticas no podrá suprimir el carácter de "puerta angosta" de la vida cristiana.

quien debemos dar cuenta de tan gran beneficio; ante la Iglesia, a quien debemos infundir con la certeza el deseo, el propósito de conservar el tesoro — el "depositum" de que habla San Pablo (I Tim., 6, 20) — y ante los hermanos todavía separados de nosotros, y ante el mundo entero, para que todos vengan a compartir con nosotros el don de Dios. De modo que en este punto, si se puede hablar de reforma, no se debe entender cambio, sino más bien confirmación en el empeño de conservar la fisonomía que Cristo ha dado a su Iglesia, más aún, de querer devolverle siempre su forma perfecta que, por una parte, corresponda al plan primigenio y que, por otra, sea reconocida como coherente y aprobada en aquel desarrollo necesario que, como árbol de la semilla, ha dado a la Iglesia, partiendo de aquel diseño, su legítima forma histórica y concreta. No nos engañe el criterio de reducir el edificio de la Iglesia, que se ha hecho amplio y majestuoso para la gloria de Dios, como magnífico templo suyo, a sus proporciones iniciales mínimas, como si aquellas fuesen las únicas verdaderas, las únicas buenas; ni nos fascine el deseo de renovar la estructura de la Iglesia por vía carismática, como si fuese nueva y verdadera aquella expresión eclesial que naciese de ideas particulares — fervorosas sin duda y tal vez persuadidas de que gozan de la divina inspiración —, introduciendo así sueños arbitrarios de renovaciones artificiosas en el diseño constitutivo de la Iglesia. Debemos servir a la Iglesia tal cual es y amarla con sentido inteligente de la historia y con la humilde búsqueda de la voluntad de Dios que asiste y guía a la Iglesia, aun cuando permite que la debilidad humana oscurezca algo la pureza de sus líneas y la belleza de su acción. Esta pureza y esta belleza son las que estamos buscando y queremos promover.

Es menester asegurar en nosotros estas convicciones para evitar otro peligro que el deseo de reforma podría engendrar, no tanto en nosotros, pastores — defendidos por un vivo sentido de responsabilidad —, cuanto en la opinión de muchos fieles que piensan que la reforma de la Iglesia debe consistir principalmente en la adaptación de sus sentimientos y de sus costumbres a las de los mundanos. La fascinación de la vida profana es hoy poderosísima. El conformismo les parece a muchos ineludible y prudente. Quien no está bien arraigado en la fe y en la práctica de la ley eclesástica, fácilmente piensa que ha llegado el momento de adaptarse a la concepción profana de la vida, como si ésta fuese la mejor, la que un cristiano puede y debe apropiarse. Este fenómeno de adaptación se manifiesta así en el campo filosófico (¿cuánto puede la moda aun en el reino del pensamiento que debería ser autónomo y libre y sólo ávido y dócil ante la verdad y la autoridad de reconocidos maestros!) como en el campo práctico, donde se hace cada vez más incierto y difícil señalar la línea de la rectitud moral y de la recta conducta práctica.

El naturalismo amenaza vaciar la concepción original del cristianismo; el relativismo, que todo lo justifica y todo lo califica como de igual valor, atenta al carácter absoluto de los principios cristianos; la costumbre de suprimir, la costumbre de excluir todo esfuerzo, toda molestia de la práctica ordinaria de la vida, acusa de inutilidad fastidiosa a la disciplina y a la ascesis cristiana; más aún: a veces el deseo apostólico de acercarse a los ambientes profanos o de hacerse acoger por los espíritus modernos — de los juveniles especialmente — se traduce en una renuncia a las formas propias de la vida cristiana y a aquel mismo estilo de conducta que debe dar a tal urgencia de acercamiento y de influjo educativo su sentido y su vigor. ¿No es acaso verdad que frecuentemente el clero joven, o también algún celoso religioso guiado de la buena intención de penetrar en la masa popular o en grupos particulares, trata de confundirse con ellos en vez de distinguirse, renunciando con inútil mimetismo a la eficacia genuina de su apostolado? El gran principio, enunciado por Cristo, se presenta de nuevo en su actualidad y en su dificultad: estar en el mundo, pero no ser del mundo; y dichos nosotros si Aquel "que siempre vive e intercede por nosotros" (Hbr., 7, 25) eleva todavía su alta y tan conveniente oración ante el Padre Celestial: "No ruego que los saques del mundo, sino que los guardes del mal" (Jn., 17, 15).

Esto no significa que pretendamos creer que la perfección consista en la inmovilidad de las formas, de que la Iglesia se ha revestido a lo largo de los siglos; ni tampoco en que se haga refractaria a la adopción de formas hoy comunes y aceptables de las costumbres y de la indole de nuestro tiempo. La palabra, hoy ya famosa, de nuestro venerable predecesor Juan XXIII, de feliz memoria, la palabra "aggiornamento" Nos la tendremos siempre presente como directiva programática; lo hemos confirmado como criterio directivo del Concilio Ecuménico, y lo recordaremos como un estímulo a la siempre renaciente vitalidad de la Iglesia, a su siempre vigilante capacidad de estudiar las señales de los tiempos y a su siempre joven agilidad de "probar todo y de apropiarse lo que es bueno" (I Tes., 5, 21), siempre y en todas partes.

Una vez más repetimos para nuestra común advertencia y provecho: La Iglesia volverá a hallar su renaciente juventud, no tanto cambiando sus leyes exteriores cuanto poniendo interiormente su espíritu en actitud de obedecer a Cristo, y, por consiguiente, de observar aquellas leyes que ella en el intento de seguir el camino de Cristo se prescribe a sí misma: aquí está el secreto de su renovación, aquí su "metanoia", aquí su ejercicio de perfección. Si la observancia de la norma eclesástica podrá hacerse más fácil por la simplificación de algún precepto y por la confianza concedida a la libertad del cristiano de hoy, más maduro y más prudente en la elección del modo de cumplirlos, la norma, sin embargo, permanece en su esencial exigencia: la vida cristiana, que la Iglesia va interpretando y codificando en sabias disposiciones, exigirá siempre fidelidad, empeño, mortificación y sacrificio; estará siempre marcada por el "camino estrecho" de que Nuestro Señor nos habla (Mt., 7, 13 ss.);

Esta pide a los cristianos de los tiempos modernos no menor sino mayor energía moral.

La obediencia es más difícil y más meritoria, pero no menos obligatoria que en los tiempos pasados.

No la conformidad al espíritu del mundo ni el indiferentismo ante las libres costumbres contemporáneas. Sólo la fidelidad al Evangelio puede dar autenticidad a la Iglesia.

No hay que omitir la denuncia pública de los peligros y de los vicios de nuestra edad.

Recomendación del espíritu de pobreza puesto en peligro por la valoración moderna de los bienes materiales.

Este espíritu es necesario para comprender nuestras debilidades pretéritas y nuestro deber para anunciar hoy la religión de Cristo.

El espíritu de pobreza no impide la recta comprensión de lo económico, del esfuerzo en este campo.

La doctrina social de la Iglesia considera los bienes económicos inferiores a los espirituales y eternos, pero necesarios para la vida presente. Tiene interés vivísimo por la ciencia, la técnica y el trabajo humanos.

exigirá de nosotros, cristianos modernos, no menores, sino quizá mayores energías morales que a los cristianos de ayer, una prontitud en la obediencia, hoy no menos debida que en el pasado y acaso más difícil, ciertamente más meritoria, porque es guiada más de motivos sobrenaturales que naturales. No es la conformidad al espíritu del mundo, ni la inmunidad a la disciplina de una razonable ascética, ni la indiferencia hacia las libres costumbres de nuestro tiempo, ni la emancipación de la autoridad de prudentes y legítimos superiores, ni la apatía respecto a las formas contradictorias del pensamiento moderno las que pueden dar vigor a la Iglesia, pueden hacerla idónea para recibir el influjo de los dones del Espíritu Santo, pueden darle la autenticidad en su seguimiento a Cristo Nuestro Señor, pueden conferirle el ansia de la caridad hacia los hermanos y la capacidad de comunicar su mensaje de salvación, sino su actitud de vivir según la gracia divina, su fidelidad al Evangelio del Señor, su cohesión jerárquica y comunitaria. No es flojo y cobarde el cristiano, sino fuerte y fiel.

Sabemos cuán largo se haría el discurso si quisiésemos trazar aun sólo en sus líneas principales el programa moderno de la vida cristiana; ni pretendemos ahora adentrarnos en tal empresa. Vosotros, por lo demás, sabéis cuáles sean las necesidades morales de nuestro tiempo, y no cesaréis de llamar a los fieles a la comprensión de la dignidad, de la pureza, de la austeridad de la vida cristiana, como tampoco no dejaréis de denunciar, del mejor modo posible, aun públicamente, los peligros morales y los vicios que padece nuestro tiempo. Todos recordamos las solemnes exhortaciones que la Sagrada Escritura nos amonesta: "Conozco tus obras, tu trabajo y tu paciencia y cómo no puedes tolerar a los malos" (Apoc., 2, 2) y todos procuraremos ser pastores vigilantes y activos. El Concilio Ecuménico debe darnos nuevas y saludables prescripciones, y todos ciertamente debemos disponer desde ahora nuestros ánimos para recibirlas y ejecutarlas.

Pero no queremos omitir dos indicaciones particulares que creemos miran a necesidades y deberes principales, y que pueden ofrecer tema de reflexión para las orientaciones generales de una buena renovación de la vida eclesial. Aludimos primeramente al espíritu de pobreza. Creemos que él está de tal manera proclamado en el santo Evangelio, tan en las entrañas del plan de nuestro destino al reino de Dios, tan amenazado por la valoración de los bienes en la mentalidad moderna, que es por otra parte tan necesario para hacernos comprender tantas debilidades y pérdidas nuestras en el tiempo pasado y para hacernos también comprender cuál debe ser nuestro tenor de vida y cuál el método mejor para anunciar a las almas la religión de Cristo, y que es, en fin, tan difícil practicarlo debidamente, que nos atrevemos a hacer mención explícita de él, en este nuestro mensaje, no tanto porque Nos tengamos el propósito de dar especiales disposiciones canónicas a este respecto, cuanto para pedirnos a vosotros, venerables hermanos, el aliento de vuestro consentimiento, de vuestro consejo y de vuestro ejemplo. Esperamos que vosotros, que como voz autorizada interpretáis los mejores impulsos, en los que palpita el Espíritu de Cristo en la santa Iglesia, nos digáis cómo deben los pastores y los fieles adaptar hoy a la pobreza el lenguaje y la conducta: *tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús* (Fil., 2, 5), y cómo debemos al mismo tiempo proponer para la vida eclesial aquellos criterios directivos que deben fundar nuestra confianza más sobre la ayuda de Dios y sobre los bienes del espíritu, que sobre los medios temporales y recordarnos a nosotros y enseñar al mundo, la primacía de tales bienes sobre los económicos y los límites y subordinación de su posesión y de su uso a cuanto es útil para el conveniente ejercicio de nuestra misión apostólica.

La brevedad de esta alusión sobre la excelencia y obligación del espíritu de pobreza que caracteriza el Evangelio de Cristo no nos dispensa del deber de recordar que este espíritu no nos impide la comprensión y el empleo que se nos consiente, del hecho económico agigantado y fundamental en el desarrollo de la civilización moderna, especialmente en sus reflejos humanos y sociales. Pensamos más bien que la liberación interior que produce el espíritu de pobreza evangélica, nos hace más sensibles y nos capacita más para comprender los fenómenos humanos relacionados con los factores económicos, sea dando a la riqueza y al progreso que ella puede engendrar, la justa y a veces severa estimación que le conviene, sea dando a la indigencia el interés más solícito y generoso, sea, finalmente, deseando que los bienes económicos no se conviertan en fuentes de luchas, de egoísmos y de orgullo entre los hombres, sino que puedan más bien enderezarse por vías de justicia y equidad hacia el bien común, y ser por lo mismo distribuidos con mayor previsión. Todo cuanto se refiere a estos bienes económicos — inferiores sin duda a los bienes espirituales y eternos, pero necesarios a la vida presente — encuentra en el discípulo del Evangelio un hombre capaz de una valoración sabia y de una cooperación humanísima: la ciencia, la técnica, y especialmente el trabajo en primer lugar, se convierten para Nos en objeto de vivísimo interés, y el pan que de ahí procede se convierte en pan sagrado tanto para la mesa como para el altar. Las enseñanzas sociales de la Iglesia no dejan duda alguna a este respecto, y con agrado aprovechamos esta ocasión para afirmar una vez más a este propósito nuestra coherente adhesión a estas saludables doctrinas.

La otra indicación que queremos hacer es sobre el espíritu de caridad. ¿Pero no está ya este tema muy presente en vuestros ánimos? ¿No marca acaso la caridad el punto focal de la economía del Antiguo y del Nuevo Testamento? ¿No están dirigidos a la caridad los pasos de la experiencia de la Iglesia? ¿No es acaso la caridad el descubrimiento siempre más luminoso y más gozoso que la teología, por un lado, la piedad, por otro van haciendo en la incesante meditación de los tesoros escriturísticos y sacramentales, de que la Iglesia

La caridad, punto central de la religión en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, debe ocupar hoy el primer puesto en la valoración y en la práctica de la vida cristiana.

María Santísima, Madre de Cristo y Madre nuestra, refleja en sí el ideal de humilde y profunda plenitud cristiana.

El culto a María fuente de enseñanzas evangélicas: María es ejemplo de la autenticidad cristiana.

La Iglesia se diferencia "del mundo", falso optimismo y pesimismo de la humanidad adversa a la fe.

La actitud evangélica: "no os conforméis a este siglo, sino transformaos por la renovación de la mente".

Fuimos bautizados en la muerte de Cristo para vivir una nueva vida.

"¿Qué comunión entre la luz y las tinieblas? ¿Qué participación entre la justicia y la iniquidad?"

es heredera, depositaria, maestra y dispensadora? Creemos con nuestros predecesores, con la corona de los santos que nuestra edad ha dado a la Iglesia celeste y terrestre, y con el instinto devoto del pueblo fiel, que la caridad debe hoy asumir el puesto que le compete, el primero, el más alto, en la escala de valores religiosos y morales, no sólo en la estima teórica, sino también en la práctica de la vida cristiana. Esto sea dicho tanto de la caridad para con Dios, que su Caridad vertió sobre nosotros, como de la caridad que por nuestra parte nosotros debemos derramar sobre nuestro prójimo, es decir, el géneo humano. La caridad lo explica todo. La caridad lo inspira todo. La caridad todo lo hace posible, todo lo renueva. La caridad "todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera" (I Cor., 13, 7). ¿Quién de nosotros ignora estas cosas? Y si las sabemos, ¿no es ésta acaso la hora de la caridad?

Esta visión de humilde y profunda plenitud cristiana lleva nuestro pensamiento a María Santísima, como a quien perfecta y maravillosamente lo refleja en sí, más aún, lo ha vivido en la tierra y ahora en el cielo goza de su fulgor y beatitud. Está en flor felizmente en la Iglesia el culto a Nuestra Señora y nos complacemos en esta ocasión en dirigir vuestros espíritus para admirar en la Virgen Santísima — Madre de Cristo y, por consiguiente, Madre de Dios y Madre nuestra — el modelo de la perfección cristiana, el espejo de las virtudes sinceras, la maravilla de la verdadera humanidad. Creemos que el culto a María es fuente de enseñanzas evangélicas: en nuestra peregrinación a Tierra Santa, de Ella que es la beatísima, la dulcísima, la humildísima, la inmaculada criatura, a quien cupo el privilegio de ofrecer al Verbo de Dios carne humana en su primigenia e inocente belleza, quisimos derivar la enseñanza de la autenticidad cristiana, y a Ella ahora volvemos la mirada suplicante, como a amorosa maestra de vida, mientras razonamos con vosotros, venerables hermanos, de la regeneración espiritual y moral de la vida de la Iglesia.

### III

#### EL DIÁLOGO

Hay una tercera actitud que la Iglesia católica debe adoptar en esta hora de la historia del mundo, y es la que se caracteriza por el estudio de los contactos que debe tener con la humanidad. Si la Iglesia logra cada vez más clara conciencia de sí, y si trata de conformarse según el modelo que Cristo le propone viene a diferenciarse profundamente del ambiente humano en el cual vive y al cual se aproxima. El Evangelio nos hace advertir tal distinción cuando nos habla del "mundo", es decir, de la humanidad adversa a la luz de la fe y al don de la gracia, de la humanidad que se exalta en un ingenuo optimismo creyendo que le bastan las propias fuerzas para lograr su expresión plena, estable y benéfica; o de la humanidad, que se deprime en un crudo pesimismo declarando fatales, incurables y acaso también deseables como manifestaciones de libertad y de autenticidad los propios vicios, las propias debilidades, las propias enfermedades morales. El Evangelio, que conoce y denuncia, compadece y cura las humanas miserias con penetrante y a veces desgarradora sinceridad, no cede, sin embargo, ni a la ilusión de la bondad natural del hombre como si se bastase y no necesitase ninguna otra cosa, sino de ser dejado libre para abandonarse arbitrariamente, ni a la desesperada resignación de la corrupción incurrible de la humana naturaleza. El Evangelio es luz, es novedad, es energía, es renacimiento, es salvación. Por esto engendra y distingue una forma de vida nueva, de la cual el Nuevo Testamento nos da continua y admirable lección: "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por la renovación de la mente, para procurar conocer cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta" (Rom., 12, 2), nos amonesta San Pablo.

Esta diferencia entre la vida cristiana y la vida profana deriva también de la realidad y de la consiguiente conciencia de la justificación producida en nosotros por nuestra comunicación con el misterio pascual, con el santo bautismo ante todo, que, como más arriba decíamos, es y debe ser considerado una verdadera regeneración. De nuevo San Pablo: "...cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados para participar en su muerte, para que como Él resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva" (Rom., 6, 3-4). Será muy oportuno que también el cristiano de hoy tenga siempre presente esta su original y admirable forma de vida, la cual lo sostenga en el gozo de su dignidad y lo inmune del contagio de la humana miseria circundante o de la seducción del esplendor humano que lo rodea.

He aquí cómo el mismo San Pablo educaba a los cristianos de la primera generación: "No os juntéis bajo un mismo yugo con los infieles. Porque ¿qué participación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué comunión entre la luz y las tinieblas?... O ¿qué asociación del creyente con el infiel?" (2 Cor., 6, 16-14). La pedagogía cristiana deberá recordar siempre al discípulo de nuestros tiempos esta su privilegiada condición y este consiguiente deber de vivir en el mundo, pero no del mundo, según el deseo mismo de Jesús que antes citamos con respecto a sus discípulos: "No pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo" (Jn., 17, 15-16). Y la Iglesia hace propio este deseo.

Pero esta diferencia no es separación. Mejor, no es indiferencia, no es temor, no es desprecio. Cuando la Iglesia se distingue de la humanidad no se opone a ella, antes bien se une. Como el médico, que conociendo las insidias de una pestilencia procura guardarse a sí y a los otros de tal infección, pero al mismo tiempo se consagra a la curación de los que han sido atacados, así la Iglesia no hace de la misericordia que la divina bondad le ha concedido

Pero la Iglesia no se separa de la humanidad, antes se ordena a su salvación.

un privilegio exclusivo, no hace de la propia fortuna un motivo para desinteresarse de quien no la ha conseguido, antes bien convierte su salvación en argumento de interés y de amor para quienquiera que esté junto a ella o a quien ella pueda acercarse con su esfuerzo comunicativo universal.

De la conciencia de la Iglesia surge la actitud de evangelización: "Id y enseñad a todas las gentes".

Si verdaderamente la Iglesia, como decíamos, tiene conciencia de lo que el Señor quiere que sea, surge de ella una singular plenitud y una necesidad de efusión, con la clara advertencia de una misión que la trasciende y de un anuncio que debe difundir. Es el deber de la evangelización. Es el mandato misionero. Es el ministerio apostólico. No basta mantenerse constante en la fe. Ciertamente tenemos que guardar el tesoro de verdad y de gracia legado a nosotros en herencia por la tradición cristiana; más aún: tenemos que defenderlo. "Guarda el depósito", amonesta San Pablo (Tim., 6, 20). Pero ni la guarda, ni la defensa encierra todo el que hacer de la Iglesia respecto a los dones que posee. El deber congénito al patrimonio recibido de Cristo es la difusión, es el ofrecimiento, es el anuncio, bien lo sabemos: "Id pues, y enseñad a todas las gentes" (Mt., 28, 19), es el supremo mandato de Cristo a sus Apóstoles. Estos con el nombre mismo de Apóstoles definen su propia indeclinable misión. Nosotros daremos a este impulso interior de caridad que tiende a hacerse don exterior de caridad el nombre, hoy ya común, de diálogo.

La Iglesia es mensaje y diálogo.

La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio.

Queremos preparar los ánimos para la tarea del Concilio en tal sentido.

Este aspecto capital de la vida actual de la Iglesia será objeto de un estudio particular y amplio por parte del Concilio Ecueménico, como es sabido, y Nos no queremos entrar a examinar concretamente los temas propuestos a tal estudio para dejar a los padres del Concilio la tarea de tratarlos libremente. Nos queremos solamente, venerables hermanos, invitaros a anteponer a este estudio algunas consideraciones para que sean más claros los motivos que mueven la Iglesia al diálogo, más claros los métodos que se deben seguir y más claros los fines que se deben alcanzar. Queremos preparar los ánimos, no tratar las cuestiones.

Continuamos así la tradición del magisterio Pontificio moderno.

Y no podemos hacerlo de otro modo, convencidos de que el diálogo debe caracterizar nuestro oficio apostólico, herederos como somos de un estilo, de una directiva pastoral que nos ha sido transmitida por nuestros predecesores del siglo pasado comenzando desde León XIII, que casi personifica la figura evangélica del escriba prudente "que como un padre de familia saca de su tesoro cosas antiguas y nuevas" (Mt., 13, 52), emprendía majestuosamente el ejercicio del magisterio católico haciendo objeto de su riquísima enseñanza los problemas de nuestro tiempo considerados a la luz de la palabra de Cristo. Y del mismo modo sus sucesores, como sabéis. ¿No nos han dejado nuestros predecesores, especialmente los papas Pío XI y Pío XII, un magnífico y vastísimo patrimonio de doctrina, concebida en el amoroso y sabio intento de aunar el pensamiento divino con el pensamiento humano, no abstractamente considerado, sino concretamente formulado en el lenguaje del hombre moderno? ¿Y qué es este intento apostólico sino un diálogo? ¿Y no dio Juan XXIII, nuestro inmediato predecesor, de venerable memoria, un acento aún más marcado a su enseñanza en el sentido de acercarla lo más posible a la experiencia y la comprensión del mundo contemporáneo? ¿No se ha querido dar al mismo Concilio, y con toda razón, un fin pastoral, dirigido totalmente a la inserción del mensaje cristiano en la corriente de pensamiento, de palabra, de cultura, de costumbres, de tendencias de la humanidad, tal como hoy vive y se agita sobre la haz de la tierra? Antes de convertirlo, más aún para convertirlo, el mundo necesita que nos acerquemos y le hablemos.

Alusión a Juan XXIII y a la finalidad pastoral del Concilio.

Nos acercamos al mundo con todo respeto, solicitud y amor.

Por lo que toca a nuestra humilde persona, aunque lejos de hablar de ella y deseosos de no llamar la atención, no podemos, sin embargo, en esta intención de presentarnos al Colegio episcopal y al pueblo cristiano, pasar por alto nuestro propósito de perseverar — en cuanto nos lo permitan nuestras débiles fuerzas y sobre todo la divina gracia nos dé modo de llevarlo a cabo — en la misma línea, en el mismo esfuerzo por acercarnos al mundo, en el que la Providencia nos ha destinado a vivir, con todo respeto, con toda solicitud, con todo amor, para comprenderlo, para ofrecerle los dones de verdad y de gracia de los que Cristo nos ha hecho depositarios, para comunicarle nuestra maravillosa suerte de redención y de esperanza. Tenemos profundamente grabadas en nuestro espíritu las palabras de Cristo, que humilde, pero tenazmente, quisiéramos apropiarnos: "No... envió Dios su Hijo al mundo sino para que el mundo se salve por él" (Jn., 3, 17).

"Dios no envió a su Hijo para juzgar al mundo, sino para salvarlo."

La religión es diálogo entre Dios y el hombre, en la revelación y en la oración.

He aquí el origen trascendente del diálogo. Este origen está en la intención misma de Dios. La religión, por su naturaleza, es una relación entre Dios y el hombre. La oración expresa con diálogo esta relación. La revelación, es decir, la relación sobrenatural instaurada con la humanidad por iniciativa de Dios mismo, puede ser representada en un diálogo en el cual el Verbo de Dios se expresa en la Encarnación y, por tanto, en el Evangelio. El coloquio paterno y santo, interrumpido entre Dios y el hombre a causa del pecado original, ha sido maravillosamente reanudado en el curso de la historia. La historia de la salvación narra precisamente este largo y variado diálogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación. Es en esta conversación de Cristo entre los hombres (Bar., 3, 38) donde Dios da a entender algo de Sí mismo, el misterio de su vida, unicísima en la esencia, trinitaria en las Personas, donde dice, en definitiva, cómo quiere ser conocido: Amor es Él; y cómo quiere ser honrado y servido: amor es nuestro mandamiento supremo. El diálogo se hace pleno y confiado; el niño es invitado a él y el místico en él se sacia.

Hace falta que tengamos siempre presente esta inefable y dialogal relación, ofrecida

- e instaurada con nosotros por Dios Padre, mediante Cristo en el Espíritu Santo, para comprender qué relación debemos nosotros, esto es, la Iglesia, tratar de establecer y de promover con la humanidad.
- El amor divino inicia el diálogo de la salvación.
- Este diálogo no se funda en los méritos del hombre: "no necesitan de médico los que están sanos".
- No se funda en coacción o necesidad física; es un llamamiento dirigido a la libertad del hombre.
- Universalidad del diálogo de la salvación.
- Maduración en el tiempo. Espera de la hora de Dios.
- Múltiples posibles aspectos de la relación de la Iglesia con el mundo.
- Esta relación aparece hoy como un diálogo, condicionado por el dinamismo y el pluralismo de la sociedad moderna.
- Actitud adecuada al diálogo.
- Estado de ánimo impuesto por el mandato apostólico.
- Caracteres del diálogo como arte de comunicación espiritual: Claridad. Afabilidad.
- El diálogo de la salvación fue abierto espontáneamente por iniciativa divina: "*El nos amó el primero*" (I Jn., 4, 10); nos corresponderá a nosotros tomar la iniciativa para extender a los hombres el mismo diálogo, sin esperar a ser llamados.
- El diálogo de la salvación nació de la caridad, de la bondad divina: "*De tal manera amó Dios al mundo que le dio su Hijo unigénito*" (Jn., 3, 16); no otra cosa que ferviente y desinteresado amor deberá impulsar el nuestro.
- El diálogo de la salvación no se limitó a los méritos de aquellos a quienes fue dirigido como tampoco a los resultados que conseguiría o que echaría de menos: "*No necesitan de médico los que están sanos*" (Lc., 5, 31); también el nuestro debe ser sin límites y sin cálculos.
- El diálogo de la salvación no obligó físicamente a ninguno a acogerlo; fue un formidable requerimiento de amor, el cual si bien constituía una tremenda responsabilidad en aquellos a quienes se dirigió (Mt., 11, 21), les dejó, sin embargo, libres para acogerlo o rechazarlo, adaptando incluso la medida (Mt., 12, 38 ss.) a la fuerza probativa de los milagros (Mt., 13, 13 ss.) a las exigencias y disposiciones espirituales de sus oyentes, para que les fuese fácil un asentimiento libre a la divina revelación sin perder, por otro lado, el mérito de tal asentimiento. Así nuestra misión, aunque es anuncio de verdad indiscutible y de salvación indispensable, no se presentará armada de coacción externa, sino que solamente por los caminos legítimos de la educación humana, de la persuasión interior, de la conversación ordinaria ofrecerá su don de salvación respetando siempre la libertad personal y civil.
- El diálogo de la salvación se hizo posible a todos; a todos se destina sin discriminación alguna (Col., 3, 11); el nuestro de igual modo debe ser potencialmente universal, es decir, católico y capaz para entablarse con cada uno, a no ser que el hombre lo rechaze o finja insinceramente acogerlo.
- El diálogo de la salvación ha procedido normalmente por grados de desarrollo sucesivo, ha conocido los humildes comienzos antes del pleno éxito (Mt., 13, 31); también el nuestro tendrá en cuenta la lentitud de la maduración psicológica e histórica y la espera de la hora en la que Dios lo haga eficaz. No por eso nuestro diálogo diferirá a mañana lo que puede hacer hoy; debe tener el ansia de la hora oportuna y el sentido del valor del tiempo (Ef., 4, 16). Hoy, es decir, cada día, debe volver a empezar, y de parte nuestra antes que de aquellos a quienes se dirige.
- Como es claro, las relaciones entre la Iglesia y el mundo pueden revestir muchos y diversos aspectos entre sí. Teóricamente hablando la Iglesia podría proponerse reducir al mínimo tales relaciones tratando de apartarse de la sociedad profana; como podría también proponerse apartar los males que en ella puedan encontrarse anatematizándolos y promoviendo cruzadas en contra de ellos; podría por el contrario acercarse tanto a la sociedad profana que tratase de alcanzar un influjo preponderante y aun de ejercitar un dominio teocrático sobre ella, y así de otras maneras. Pero Nos parece que la relación entre la Iglesia y el mundo, sin cerrar el camino a otras formas legítimas, puede representarse mejor por un diálogo, que no podrá ser evidentemente uniforme, sino adaptado a la índole del interlocutor y a las circunstancias reales; una cosa, en efecto, es un diálogo con un niño y otra con un adulto, una cosa con un creyente y otra con uno que no cree. Esto es sugerido por la costumbre, ya difundida, de concebir así las relaciones entre lo sagrado y lo profano, por el dinamismo transformador de la sociedad moderna, por el pluralismo de sus manifestaciones como también por la madurez del hombre, religioso o no, capacitado por la educación civil de pensar, de hablar y de tratar con la dignidad del diálogo.
- Esta forma de relación manifiesta por parte del que la entabla un propósito de corrección, de estima, de simpatía y de bondad; excluye la condenación apriorística, la polémica ofensiva y habitual, la vanidad de la conversación inútil. Aunque es verdad que no trata de obtener de inmediato la conversión del interlocutor, porque respeta su dignidad y su libertad, busca, sin embargo, su provecho y quisiera disponerlo a una comunión más plena de sentimientos y convicciones.
- Por tanto, este diálogo supone en nosotros, que queremos introducirlo y alimentarlo con cuantos nos rodean, un estado de ánimo; el estado de ánimo del que siente dentro de sí el peso del mandato de ánimo del que siente dentro de sí el peso del mandato apostólico, del que se da cuenta que no puede separar su propia salvación del empeño por buscar la de los otros, del que se preocupa continuamente por poner el mensaje de que es depositario en la circulación de la vida humana.
- El coloquio es, por tanto, un modo de ejercitar la misión apostólica; es un arte de comunicación espiritual. Sus caracteres son los siguientes: 1) *La claridad* ante todo: el diálogo supone y exige la inteligibilidad, es un intercambio de pensamiento, es una invitación al ejercicio de las facultades superiores del hombre; bastaría este solo título para clasificarlo entre los mejores fenómenos de la actividad y cultura humana, y basta esta su exigencia inicial para estimular nuestra diligencia apostólica a revisar todas las formas de nuestro lenguaje, para ver si es comprensible, si es popular, si es escogido. 2) Otro carácter es, además, la *afabilidad*, la que Cristo nos exhortó a aprender de Sí mismo: "Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón" (Mt., 11, 29); el diálogo no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo. Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que

- Confianza. difunde, por el ejemplo que propone; no es un mandato ni una imposición. Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso. 3) *La confianza*, tanto en el valor de la propia palabra como en la disposición para acogerla por parte del interlocutor; promueve la familiaridad y la amistad; entrelaza los espíritus en una mutua adhesión a un Bien que excluye todo fin egoístico. 4) Finalmente, la *prudencia* pedagógica que tiene muy en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye (cfr. Mt., 7, 6): si es un niño, si es una persona ruda, si no está preparada, si es desconfiada, hostil, y se esfuerza por conocer su sensibilidad y por adaptarse razonablemente y modificar las formas de la propia presentación por no serle molesto e incomprensible.
- Prudencia. Cuando el diálogo se conduce así se realiza la unión de la verdad con la caridad, de la inteligencia con el amor.
- Diversidad de caminos hacia la fe. En el diálogo se descubre cuán diversos son los caminos que conducen a la luz de la fe y cómo es posible hacerlos converger al mismo fin. Aun siendo divergentes pueden llegar a ser complementarios empujando nuestro razonamiento fuera de los senderos comunes y obligándolo a profundizar sus investigaciones y a renovar sus expresiones. La dialéctica de este ejercicio de pensamiento y de paciencia nos hará descubrir elementos de verdad aun en las opiniones ajenas, nos obligará a expresar con gran lealtad nuestra enseñanza y nos dará mérito por el trabajo de haberlo expuesto a las objeciones y a la lenta asimilación de los otros. Nos hará sabios, nos hará maestros.
- Multiplicidad de formas del diálogo salvador. ¿Y cuál es el modo que tiene de desarrollarse? Muchas son las formas del diálogo de la salvación. Obedece a exigencias prácticas, escoge medios aptos, no se liga a vanos apriorismos, no se reduce a expresiones inmóviles cuando estás han perdido la capacidad de hablar y mover a los hombres. Esto plantea un gran problema: el de la conexión de la misión de la Iglesia con la vida de los hombres en un determinado tiempo, en un determinado sitio, con una determinada cultura y con una determinada situación social.
- Acomodación a las circunstancias de tiempo y lugar: "hacerse todo a todos". ¿Hasta qué punto debe la Iglesia acomodarse a las circunstancias históricas y locales en las que desarrolla su misión? ¿Cómo debe precaverse del peligro de un relativismo que llegue a afectar su fidelidad dogmática y moral? ¿Pero cómo hacerse al mismo tiempo capaz de acercarse a todos para salvarlos a todos, según el ejemplo del Apóstol: "Me he hecho todo a todos para salvarlos a todos"? (1 Cor., 9, 22). Desde fuera no se salva al mundo. Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hace falta hacerse una misma cosa hasta cierto punto, con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo, hace falta compartir — sin que medie distancia de privilegios o diafragma de lenguaje incomprensible — las costumbres comunes, con tal que sean humanas y honestas, sobre todo de los más pequeños, si queremos ser oídos y comprendidos. Hace falta, aun antes de hablar, oír la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y cuando lo merece secundarlo. Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el momento mismo que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio. Debemos recordar todo esto y esforzarnos por practicarlo según el ejemplo y el precepto que Cristo nos dejó (Jn., 13, 14-17).
- Comprensión del corazón humano. Actitud de amistad y de servicio. Pero queda un peligro. El arte del apostolado es arriesgado. La solicitud por acercarse a los hermanos no debe traducirse en una atenuación o disminución de la verdad. Nuestro diálogo no puede ser una debilidad respecto al compromiso con nuestra fe. El apostolado no puede transigir con una especie de compromiso ambiguo respecto a los principios de pensamiento y de acción que deben definir nuestra profesión cristiana. El irenismo y el sincretismo son en el fondo formas de escepticismo respecto a la fuerza y al contenido de la palabra de Dios que queremos predicar. Sólo el que es totalmente fiel a la doctrina de Cristo puede ser eficazmente apóstol. Y sólo el que vive con plenitud la vocación cristiana puede estar inmunizado del contagio de los errores con los que se pone en contacto.
- El riesgo del "compromiso". El irenismo y sincretismo, formas de escepticismo. Creemos que la voz del Concilio, al tratar de las cuestiones relativas a la Iglesia que ejerce su actividad en el mundo moderno, indicará algunos criterios teóricos y prácticos que sirvan de guía para conducir como es debido nuestro diálogo con los hombres de nuestro tiempo. E igualmente pensamos que tratándose de cuestiones que por un lado tocan la misión propiamente apostólica de la Iglesia y por otro las diversas y variables circunstancias en las cuales ésta se desarrolla, será tarea del gobierno prudente y eficaz de la misma Iglesia, trazar de vez en cuando límites, formas y caminos para mantener animado un diálogo vivo y benéfico.
- La fidelidad total en la doctrina, condición de eficacia apostólica. Dejamos por esto el tema para limitarnos a recordar una vez más la gran importancia que la predicación cristiana conserva y adquiere, sobre todo hoy, en el cuadro del apostolado católico, es decir, por lo que ahora tratamos, en el diálogo. Ninguna forma de difusión del pensamiento, aun elevado técnicamente por medio de la prensa y de los medios audiovisivos a una extraordinaria eficacia, puede sustituir la predicación. Apostolado y predicación en cierto sentido son equivalentes. La predicación es el primer apostolado. El nuestro, venerables hermanos, es antes que nada ministerio de la Palabra. Nosotros sabemos muy bien estas cosas, pero Nos parece que conviene recordárnoslas ahora para dar a nuestra acción pastoral la dirección exacta. Debemos volver al estudio no ya de la elocuencia humana o de la retórica vana, sino al arte genuino de la palabra sagrada.
- El Concilio indicará criterios para el diálogo con la humanidad de nuestro tiempo. Debemos buscar las leyes de su simplicidad, de su limpidez, de su fuerza y de su autoridad para vencer la natural ineptitud en el empleo de un instrumento espiritual tan alto y misterioso cual es la palabra, y para competir noblemente con cuantos hoy tienen un
- La predicación es el primer apostolado. Nuestro ministerio es, primordialmente, ministerio de la palabra.

- Alusión a las normas de la predicación y de la catequesis.
- La Iglesia, dispuesta a dialogar con todos los hombres de buena voluntad.
- “Nadie es enemigo sino es que él mismo quiera serlo”.
- La Iglesia tiene conciencia del límite de sus fuerzas, pero sabe que la fe es un don de Dios.
- La Iglesia conoce la novedad asombrosa de los tiempos modernos, pero se asoma confiada a los caminos de la Historia.
- El círculo inmenso de la humanidad alejada de la Iglesia.
- Participación de la Iglesia en la naturaleza humana.
- La Iglesia se dispone a elevar todo legítimo valor humano y terreno.
- El ateísmo y la impiedad se presentan como programa de educación y de conducta.
- influjo amplísimo con la palabra mediante el acceso a las tribunas de la pública opinión. Debemos pedir al Señor el grave y embriagador carisma (Jer., 1, 6), para ser dignos de dar a la fe su principio eficaz y práctico (Rom., 1, 17), y de hacer llegar nuestro mensaje hasta los confines de la tierra (Salm. 18, 5; Rom., 10, 18). Que las prescripciones de la constitución conciliar de *Sacra Liturgia* sobre el ministerio de la palabra encuentren en nosotros celosos y hábiles ejecutores. Y que la catequesis al pueblo cristiano y a cuantos sea posible ofrecerla se haga siempre práctica en el lenguaje y experta en el método, asidua en el ejercicio, avalada por el testimonio de verdaderas virtudes, ávida de progresar y de llevar a los oyentes a la seguridad de la fe, a la intuición de la coincidencia entre la palabra divina y la vida y a los albores del Dios vivo.
- Debemos, finalmente, aludir a aquellos a quienes se dirige nuestro diálogo. Pero no queremos anticipar, ni siquiera en este aspecto, la voz del Concilio. Resonará, Dios mediante, dentro de poco.
- Hablando en general acerca de esta actitud de interlocutora que la Iglesia debe hoy adoptar con renovado fervor, queremos sencillamente indicar que ella debe estar dispuesta a sostener el diálogo con todos los hombres de buena voluntad dentro y fuera de su propio ámbito.
- Nadie es extraño a su corazón. Nadie es indiferente a su ministerio. Nadie es enemigo si no es que él mismo quiera serlo. No sin razón se llama católico, no sin razón tiene el encargo de promover en el mundo la unidad, el amor y la paz.
- La Iglesia no ignora las formidables dimensiones de tal misión; conoce la desproporción que señalan las estadísticas entre lo que ella es y la población de la tierra; conoce los límites de sus fuerzas, conoce hasta sus propias humanas debilidades, sus propios fallos, sabe también que la buena acogida del Evangelio no depende en fin de cuentas de algún esfuerzo apostólico suyo o de alguna favorable circunstancia de orden temporal: la fe es un don de Dios y Dios señala en el mundo las líneas y las horas de su salvación. Pero la Iglesia sabe que es semilla, que es fermento, que es sal y luz del mundo. La Iglesia se da cuenta de la asombrosa novedad del tiempo moderno, pero con cándida confianza se asoma a los caminos de la historia y dice a los hombres: yo tengo lo que vosotros buscáis, lo que a vosotros falta. Con esto no promete la felicidad terrena, sino que ofrece algo — su luz y su gracia — para conseguirla del mejor modo posible y habla a los hombres de su destino trascendente. Y mientras tanto les habla de verdad, de justicia, de libertad, de progreso, de concordia, de paz, de civilización. Son palabras éstas de las que la Iglesia conoce el secreto. Cristo se lo ha confiado. Y por eso la Iglesia tiene un mensaje para cada categoría de personas: Lo tiene para los niños, lo tiene para la juventud, para los hombres científicos e intelectuales, lo tiene para el mundo del trabajo y para las clases sociales, lo tiene para los artistas, para los políticos y gobernantes, lo tiene especialmente para los pobres, para los desheredados, para los que sufren, incluso para los que mueren: para todos.
- Podrá parecer que hablando así nos dejamos transportar del entusiasmo de nuestra misión y que no nos cuidamos de considerar las posiciones concretas en que la humanidad se halla situada respecto a la Iglesia católica. Pero no es así, porque vemos muy bien cuáles son esas posturas concretas, y para dar una idea sumaria de ellas creemos poder clasificarlas a manera de círculos concéntricos alrededor del centro en que la mano de Dios nos ha colocado.
- Hay un primer círculo, inmenso, cuyos límites no alcanzamos a ver; se confunden con el horizonte; son los límites que circunscriben la humanidad en cuanto tal, al mundo. Medimos la distancia que lo tiene alejado de nosotros, pero no lo sentimos extraño. Todo lo que es humano tiene que ver con nosotros. Tenemos en común con toda la humanidad la naturaleza, es decir, la vida con todos sus dones, con todos sus problemas: estamos dispuestos a compartir con los demás esta primera universalidad; aceptar las profundas exigencias de sus necesidades fundamentales, a aplaudir todas las afirmaciones nuevas y a veces sublimes de su genio. Y tenemos verdades morales, vitales, que hemos de poner en evidencia y corroborar en la conciencia humana, benéficas como son para todos. Dondequiera que hay un hombre en busca de comprenderse a sí mismo y al mundo, podemos estar en contacto con él; dondequiera que se reúnen los pueblos para establecer los derechos y deberes del hombre, nos sentimos honrados cuando nos permiten sentarnos junto a ellos. Si existe en el hombre una *“anima naturaliter christiana”*, queremos honrarla con nuestra estima y con nuestro diálogo. Podríamos recordar a Nos mismo y a todos cómo nuestra actitud es, por un lado, totalmente desinteresada — no tenemos ninguna mira política o temporal — y cómo, por otro, está dispuesta a aceptar, es decir, a elevar al nivel sobrenatural y cristiano, todo honesto valor humano y terreno; no somos la civilización, sino promotores de ella.
- Sabemos, sin embargo, que en este círculo sin confines hay muchos, por desgracia muchísimos, que no profesan ninguna religión; sabemos incluso que muchos, en las formas más diversas, se profesan ateos. Y sabemos que hay algunos que abiertamente alardean de su impiedad y la sostienen como programa de educación humana y de conducta política, es la ingenua pero fatal convicción de liberar al hombre de viejos y falsos conceptos de la vida y del mundo para darles en su lugar, según dicen, una concepción científica y conforme a las exigencias del progreso moderno.
- Es éste el fenómeno más grave de nuestro tiempo. Estamos firmemente convencidos que la teoría en que se funda la negación de Dios es fundamentalmente equivocada: no responde a las exigencias últimas e inderogables del pensamiento, priva al orden racional del mundo

- Fundamental equivocación del ateísmo, dogma ciego que degrada la vida humana.
- No es liberación sino intento de sofocar la luz de Dios vivo.
- Estamos obligados a condenar las ideologías negadoras de Dios y, entre ellas, el comunismo ateo.
- Imposibilidad o suma dificultad del diálogo con el comunismo.
- La Iglesia del silencio.
- Reflexión sobre los motivos íntimos del ateísmo moderno.
- Sueño de justicia y de progreso y divinización de objetivos sociales.
- Propósito de concebir científicamente el universo.
- Repulsa por la mediocridad y el egoísmo de los cristianos.
- Posibilidad de evolución en los movimientos que hoy se inspiran en ideologías ateas.
- de sus bases auténticas y fecundas, introduce en la vida humana no una fórmula que todo lo resuelve, sino un dogma ciego que de la degrada y la entristece y destruye en su misma raíz todo sistema social que sobre ese concepto pretende fundarse. No es una liberación, sino un drama que intenta sofocar la luz del Dios vivo. Por eso mirando al interés supremo de la verdad resistiremos con todas nuestras fuerzas a esta avasalladora negación, por el compromiso sacrosanto adquirido con la confesión fidelísima de Cristo y de su Evangelio, por el amor apasionado e irrenunciable al destino de la humanidad, y con la esperanza invencible de que el hombre moderno sepa todavía encontrar en la concepción religiosa que le ofrece el catolicismo su vocación a una civilización que no muere, sino que siempre progresa hasta la perfección natural y sobrenatural del espíritu humano, al que la gracia de Dios ha capacitado para el pacífico y honesto goce de los bienes temporales y ha abierto a la esperanza de los bienes eternos.
- Estas son las razones que nos obligan, como han obligado a nuestros predecesores — y con ellos a cuantos estiman los valores religiosos — a condenar los sistemas ideológicos que niegan a Dios y oprimen a la Iglesia, sistemas identificados frecuentemente con regímenes económicos, sociales y políticos, y entre ellos especialmente el comunismo ateo. Pudiera decirse que su condena no nace de nuestra parte; es el sistema mismo y los regímenes que lo personifican los que crean contra nosotros una radical oposición de ideas y opresión de hechos. Nuestra reprobación es en realidad un lamento de víctimas más bien que una sentencia de jueces.
- La hipótesis de un diálogo se hace sumamente difícil en tales condiciones, por no decir imposible, a pesar de que en nuestro ánimo no existe hoy todavía ninguna exclusión preconcebida hacia las personas que profesan dichos sistemas y se adhieren a esos regímenes. Para quien ama la verdad, la discusión es siempre posible. Pero obstáculos de índole moral acrecientan enormemente las dificultades, por la falta de suficiente libertad de juicio y de acción y por el abuso dialéctico de la palabra, no precisamente encaminada hacia la búsqueda y la expresión de la verdad objetiva, sino puesta al servicio de finalidades utilitarias preconcebidas.
- Esta es la razón por la que el diálogo calla. La Iglesia del Silencio, por ejemplo, calla, hablando únicamente con su sufrimiento, al que acompaña el sufrimiento de una sociedad oprimida y envilecida donde los derechos del espíritu quedan atropellados por los del que dispone de su suerte. Y cuando nuestro discurso se abriera en tal estado de cosas, ¿cómo podría ofrecer un diálogo mientras se viera reducido a ser “una voz que grita en el desierto”? (Mt., 1, 3). El silencio, el grito, la paciencia y siempre el amor son en tal caso el testimonio que aún hoy puede dar la Iglesia y que ni siquiera la muerte puede sofocar.
- Pero por más que la afirmación y la defensa de la religión y de los valores humanos que ella proclama y sostiene debe ser firme y franca, no por eso renunciamos a la reflexión pastoral cuando tratamos de descubrir en el íntimo espíritu del ateo moderno los motivos de su turbación y de su negación. Descubrimos que son complejos y múltiples, tanto que nos vemos obligados a ser cautos al juzgarlos y más eficaces al refutarlos; vemos que nacen a veces de la exigencia de una presentación más alta y más pura del mundo divino, superior a la que tal vez ha prevalecido en ciertas formas imperfectas de lenguaje y de culto, formas que deberíamos esforzarnos por hacer lo más puras y transparentes posible para que mejor expresen lo sagrado de que son signo. Los vemos invadidos por el ansia, llena de pasión y de utopía, pero frecuentemente también generosa, de un sueño de justicia y de progreso, en busca de objetivos sociales divinizados que sustituyen al Absoluto y Necesario, objetivos que denuncian la necesidad insoslayable de su principio y fin divino cuya trascendencia e inmanencia toca a nuestro paciente y sabio magisterio revelar. Los vemos valerse, más de una vez, con ingenuo entusiasmo, de un recurso riguroso a la racionalidad humana, con el propósito de ofrecer una concepción científica del universo; recurso tanto menos discutible cuanto más se funda en los caminos lógicos del pensamiento que no se diversifican generalmente de los de nuestra escuela clásica, y arrastrado contra la voluntad de los mismos que piensan encontrar en él un arma inexpugnable para su ateísmo por su intrínseca validez, arrastrado, decimos, a proceder hacia una nueva y final afirmación, tanto metafísica como lógica, del sumo Dios. No se encontrará entre nosotros el hombre capaz de ayudar este incoercible proceso del pensamiento — que el ateo-político-intelectual detiene deliberadamente en un punto determinado, apagando la luz suprema de la comprensibilidad del universo — a desembocar en aquella concepción de realidad objetiva del universo cósmico, que introduce de nuevo en el espíritu el sentido de la presencia divina, y en los labios las humildes y balbucientes sílabas de una feliz oración? Los vemos también a veces movidos por nobles sentimientos, asqueados de la mediocridad y del egoísmo de tantos ambientes sociales contemporáneos, idóneos para sacar de nuestro Evangelio formas y lenguaje de solidaridad y de compasión humana. ¿No llegaremos a ser capaces algún día de volver a llevar a sus manantiales — que son cristianos — estas expresiones de valores morales?
- Recordando por eso cuanto escribió nuestro predecesor, de venerado recuerdo, el Papa Juan XXIII, en la encíclica *Pacem in terris*, es decir, que las doctrinas de tales movimientos, una vez elaboradas y definidas, siguen siendo idénticas a sí mismas, pero que los movimientos como tales no pueden menos de desarrollarse y de sufrir cambios, incluso profundos (cfr. n. 54), no perdemos la esperanza de que puedan un día abrir con la Iglesia otro diálogo, positivo, diverso del que constituye nuestra presente reprobación y nuestro obligado lamento.

- La apertura del diálogo es una decisión en favor de la paz.
- Otro círculo menos lejano: el de los que adoran al solo y supremo Dios.
- Los hijos del pueblo hebreo.
- Los musulmanes.
- La verdadera religión es única: la religión cristiana.
- Podemos reconocer los valores espirituales y morales fuera del cristianismo.
- El círculo más cercano: el diálogo ecuménico con los cristianos.
- El diálogo se ha abierto y continuará.
- No podemos transigir en la integridad de la fe.
- El primado de Pedro y de sus sucesores es considerado por algunos como obstáculo a la unidad.
- Súplica a los hermanos separados: el Papa es fuente de unidad.
- Pero no podemos apartar nuestra mirada del panorama del mundo contemporáneo sin expresar un deseo halagüeño, y es que nuestro propósito de cultivar y perfeccionar nuestro diálogo, con los variados y mudables aspectos que éste presenta, pueda ayudar a la causa de la paz entre los hombres; como método que trata de regular las relaciones humanas a la noble luz del lenguaje razonable y sincero, y como contribución de experiencia y de sabiduría que puede reavivar en todos la consideración de los valores supremos. La apertura de un diálogo desinteresado, objetivo y leal, como desea ser el nuestro, lleva consigo la decisión en favor de una paz libre y honrosa; excluye fingimientos, rivalidades, engaños y traiciones; no puede menos de denunciar, como delito y como ruina, la guerra de agresión, de conquista o de predominio, y no puede dejar de extenderse desde las relaciones en la cumbre de las naciones a las que hay en el cuerpo de las naciones mismas y en las bases así sociales como familiares e individuales, para difundir en todas las instituciones y en todos los espíritus el sentido, el gusto y el deber de la paz.
- Luego, en torno a Nos, vemos dibujarse otro círculo, también inmenso, pero menos lejano de nosotros: es, antes que nada, el de los hombres que adoran al Dios único y supremo, al mismo que nosotros adoramos; aludimos a los hijos del pueblo hebreo, dignos de nuestro afectuoso respeto, fieles a la religión que nosotros llamamos del Antiguo Testamento, y luego a los adoradores de Dios según concepción de la religión monoteísta, especialmente de la musulmana, merecedores de admiración por todo aquello que en su culto de Dios hay de verdadero y de bueno, y después todavía, a los seguidores de las grandes religiones afroasiáticas. Evidentemente no podemos compartir estas variadas expresiones religiosas ni podemos quedar indiferentes, como si todas, a su modo, fuesen equivalentes y como si autorizasen a sus fieles a no buscar si Dios mismo ha revelado una forma exenta de todo error, perfecta y definitiva, con la que Él quiere ser conocido, amado y servido; al contrario, por deber de lealtad, hemos de manifestar nuestra persuasión de que la verdadera religión es única, y ésa es la religión cristiana y que alimentamos la esperanza de que como tal llegue a ser reconocida por todos los que buscan y adoran a Dios.
- Pero no queremos negar nuestro respetuoso reconocimiento a los valores espirituales y morales de las diversas confesiones religiosas no cristianas; queremos promover y defender con ellas los ideales que pueden ser comunes en el campo de la libertad religiosa, de la hermandad humana, de la buena cultura, de la beneficencia social y del orden civil. En orden a estos comunes ideales, un diálogo por nuestra parte es posible y no dejaremos de ofrecerlo dondequiera que con recíproco y leal respeto sea aceptado con benevolencia.
- Y aquí se nos presenta el círculo más cercano a Nos en el mundo: el de los que llevan el nombre de Cristo. En este campo el diálogo que ha alcanzado la calificación de ecuménico ya está abierto; más aún: en algunos sectores se encuentra en fase de inicial y positivo desarrollo. Mucho podría decirse sobre este tema tan complejo y delicado. Pero nuestro discurso no termina aquí. Se limita por ahora a unas pocas indicaciones ya conocidas. Con gusto hacemos nuestro el principio: pongamos en evidencia primero que todo lo que nos es común antes de subrayar lo que nos divide. Esta es una orientación buena y fecunda para nuestro diálogo. Estamos dispuestos a continuarlo cordialmente. Diremos más: que en tantos puntos diferenciales, relativos a la tradición, a la espiritualidad, a las leyes canónicas, al culto, estamos dispuestos a estudiar cómo secundar los legítimos deseos de los hermanos cristianos separados todavía de nosotros. Nada puede ser más deseable para Nos que el abrazarlos en una perfecta unión de fe y de caridad. Pero hemos de decir, sin embargo, que no está en nuestro poder el transigir en la integridad de la fe y las exigencias de la caridad. Entrevemos desconfianza y resistencia en este punto. Pero ahora que la Iglesia católica ha tomado la iniciativa de volver a reunir el único redil de Cristo, no dejará ella de seguir adelante con toda paciencia y con todo miramiento; no dejará de mostrar cómo las prerrogativas que mantienen aún separados de ella a los hermanos no son fruto de ambición histórica y de caprichosa especulación teológica, sino que derivan de la voluntad de Cristo y que entendidas en su auténtico significado están para beneficio de todos, para la unidad común, para la libertad común, para la plenitud cristiana común; la Iglesia católica no dejará de hacerse idónea y merecedora con la oración y con la penitencia de la deseada reconciliación.
- Un pensamiento a este propósito nos aflige, y es el de ver cómo precisamente Nos, promotores de tal reconciliación, somos considerados por muchos hermanos separados el obstáculo principal que se opone a ella, a causa del primado de honor y de jurisdicción que Cristo confirió al apóstol Pedro y que Nos hemos heredado de él. ¿No hay quienes sostienen que si se suprimiese el primado del Papa la unificación de las Iglesias separadas con la Iglesia católica sería más fácil? Queremos suplicar a los hermanos separados que consideren la inconsistencia de tal hipótesis, y no sólo porque sin el Papa la Iglesia católica ya no sería tal, sino porque faltando en la Iglesia de Cristo el oficio pastoral supremo, eficaz y decisivo de Pedro la unidad se desmoronaría, y en vano se intentaría reconstruirla luego con criterios sustitutivos de aquel auténtico establecido por el mismo Cristo: "*Se formarán tantos cismas en la Iglesia cuantos sacerdotes*", escribe acertadamente San Jerónimo (Dial, contra Luciferianos, núm. 9).
- Queremos, además, considerar que este gozne central de la santa Iglesia no pretende constituir una supremacía de orgullo espiritual o de dominio humano, sino un primado de servicio, de ministerio y de amor. No es vana retórica la que atribuye al Vicario de Cristo el título de "*servus servorum Dei*".
- Bajo esta luz nuestro diálogo siempre está abierto; el cual aún antes de extenderse en

conversaciones fraternales se abre en coloquios con el Padre celeste en efusiones de oración y de esperanza.

Hemos de hacer notar con gozo y alegría, venerables hermanos, que este variado y extensísimo sector de los cristianos separados está todo él penetrado de fermentos espirituales que parecen preanunciar futuro y consolador desarrollo para la causa de su reunificación en la única Iglesia de Cristo.

Queremos implorar el soplo del Espíritu Santo sobre el "movimiento ecuménico". Deseamos repetir nuestra conmoción y nuestro gozo por el encuentro —lleno de caridad no menos que de nueva esperanza— que tuvimos en Jerusalén con el Patriarca Atenágoras; queremos saludar con respeto y con reconocimiento la presencia de tantos representantes de las Iglesias separadas en el Concilio Ecuménico Vaticano II; queremos asegurar una vez más que observamos con atento y sagrado interés los fenómenos espirituales caracterizados por el problema de la unidad, que mueven a personas y grupos y comunidades de viva y noble religiosidad. Con amor y con reverencia saludamos a todos estos cristianos en la espera que, cada vez mejor, podamos promover con ellos, en el diálogo de la sinceridad y del amor, la causa de Cristo y de la unidad que él quiso para su Iglesia.

Y, finalmente, nuestro diálogo se ofrece a los hijos de la casa de Dios, la Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la que ésta, la romana, es "*mater et caput*". ¡Cómo quisiéramos gozar de este diálogo de familia en la plenitud de la fe, de la caridad y de las obras! ¡Cuán interno y familiar lo deseáramos, sensible a todas las verdades, a todas las virtudes, a todas las realidades de nuestro patrimonio doctrinal y espiritual! ¡Qué dispuesto a recoger las voces múltiples del mundo contemporáneo, qué capaz de hacer a los católicos hombres verdaderamente buenos, hombres sensatos, hombres libres, hombres serenos y valientes!

Este deseo de dar a las relaciones interiores de la Iglesia el tono de espíritu propio de un diálogo entre miembros de una comunidad, cuyo principio constitutivo es la caridad, no suprime el ejercicio de la función propia de la autoridad por un lado, de la sumisión por el otro; es una exigencia tanto del orden conveniente a toda sociedad bien organizada como sobre todo de la constitución jerárquica de la Iglesia. La autoridad de la Iglesia es institución del mismo Cristo; más aún: le representa a él, es el vehículo autorizado de su palabra, es la trasposición de su caridad pastoral; de tal modo que la obediencia arranca de motivos de fe, se vuelve escuela de humildad evangélica, hace participar al obediente de la sabiduría, de la unidad, de la edificación, de la caridad, que sostienen al cuerpo eclesial, y confiere a quien la impone y a quien se conforma con ella el mérito de la imitación de Cristo "*hecho obediente hasta la muerte*" (Fil., 2, 8).

Así, por obediencia enderezada hacia el diálogo, entendemos el ejercicio de la autoridad, todo él impregnado de la conciencia de ser servicio y ministerio de verdad y de caridad; y entendemos también la observancia de las normas canónicas y la reverencia al gobierno del legítimo superior prestado con prontitud y serenidad, como conviene a hijos libres y amorosos. El espíritu de independencia, de crítica, de rebelión, no está de acuerdo con la caridad animadora de la solidaridad, de la concordia, de la paz en la Iglesia, y transforma fácilmente el diálogo en discusión, en altercado, en desidencia: desagradable fenómeno — aunque por desgracia siempre a punto de producirse — contra el cual la voz del apóstol Pablo nos amonesta: "*Que no haya entre vosotros divisiones*" (I Cor., 1, 10).

Estemos, pues, ardientemente deseosos de que el diálogo interior, en el seno de la comunidad eclesiástica, se vaya enriqueciendo en fervor, en temas, en número de interlocutores, de tal manera que se acreciente la vitalidad y la santificación del Cuerpo Místico terreno de Cristo. Todo lo que pone en circulación las enseñanzas de que la Iglesia es depositaria y dispensadora es bien visto por Nos; ya hemos mencionado antes la vida litúrgica e interior y hemos aludido a la predicación. Podemos todavía añadir la enseñanza, la prensa, el apostolado social, las misiones, el ejercicio de la caridad; temas éstos que también el Concilio nos hará considerar. Y todos los que ordenadamente participan bajo la dirección de la competente autoridad en el diálogo vitalizante de la Iglesia, siéntanse por Nos animados y bendecidos: los sacerdotes en un modo especial, los religiosos, los amadísimos seglares militantes por Cristo en la Acción Católica y en tantas otras formas de asociación y de acción.

Nos sentimos alegres y confortados al observar que un diálogo así en el interior de la Iglesia y hacia el exterior que la rodea está ya en movimiento: ¡La Iglesia está viva, hoy más que nunca! Pero considerándolo bien, parece como si todo estuviera aún por empezar; comienza hoy el trabajo y no acaba nunca. Tal es la ley de nuestra peregrinación en la tierra y en el tiempo. Este es el deber habitual, venerables hermanos, de nuestro ministerio, al que hoy todo impulsa para hacerse nuevo, vigilante e intenso.

Cuanto a Nos, mientras os damos estas advertencias, nos place confiar en vuestra colaboración, al mismo tiempo que os ofrecemos la nuestra: esta comunión de intenciones y de obras la pedimos y la ofrecemos cuando apenas hemos subido con el nombre, y Dios quiera también que con algo del espíritu del Apóstol de las Gentes, a la cátedra de San Pedro; y celebrando así la unidad de Cristo entre nosotros, os enviamos con esta nuestra primera carta, *in nomine Domini*, nuestra fraterna y paterna bendición apostólica, que con gusto extendemos a toda la Iglesia y a toda la humanidad.

*Del Vaticano, 6 de agosto de 1964, en la fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo,*

PAULO, PAPA VI

Saludo afectuoso a los hermanos separados.

Diálogo entre los hijos de la Iglesia Una Santa Católica y Apostólica.

La autoridad de la Iglesia es institución de Cristo.

La obediencia condición de sabiduría, de unidad y de caridad.

El ejercicio de la autoridad servicio y ministerio de verdad.

Sin obediencia, el diálogo se convierte en disensión y disidencia.

Enriquecimiento del diálogo interno de la Iglesia.

Bendecimos cuanto pone en circulación las enseñanzas de la Iglesia.

¡La Iglesia está viva!

Bendición apostólica.

# PIEDAD LITURGICA Y PIEDAD PRIVADA

Pocas palabras se repiten tanto en la vida cristiana como la palabra *piEDAD*; y, sin embargo, es muy frecuente que se tenga de ella una idea bastante vaga, y un concepto poco definido.

Ya la Filosofía pagana conoció la piedad, y trató de precisar su concepto. Cicerón, en su libro segundo *De divinit.*, dio de ella la siguiente definición: "Piedad es la virtud moral por la que hacemos obsequio y servicio a nuestros padres y parientes, y a la Patria". Bien se ve que dado el humanismo exclusivista con que la Filosofía gentil lo reducía todo al hombre, o sea dado su antropocentrismo, aquellos filósofos limitaban la piedad a lo humano.

La Teología Católica aceptó, en parte, aquella definición de la piedad; pero la completó, la perfeccionó y la sublimó. Y fundándose en la divina Revelación, y guiada por el Magisterio de la Iglesia, distinguió por de pronto, y muy cuidadosamente, entre la piedad como virtud, y la piedad como don del Espíritu Santo.

a) La piedad-virtud: Enseña el Doctor Angélico que, como virtud, la piedad se debe principalmente a Dios; y así, por excelencia, la piedad se llama el culto y toda clase de obsequios que damos a Dios, en cuanto es nuestro Padre, que nos ha dado el ser natural y el ser sobrenatural, y nos rige y gobierna paternalmente con su maravillosa providencia. Y, por derivación, la virtud de la piedad se extiende también a nuestros padres y parientes, y a la Patria. Y en este sentido, así como la virtud de la Religión, y con ella la de la piedad o culto debido a Dios, como Padre, es una protestación de nuestra fe, esperanza y caridad, con las que primordialmente el hombre se ordena hacia Dios; así, por derivación, la piedad para con los padres y la Patria es como una protestación del amor de caridad que para con ellos debemos tener, porque nuestros padres han sido principio, aunque secundario,

de nuestra vida, como cooperadores e instrumentos de Dios, según su admirable dignación y providencia; y la Patria, al procurar el bien común de todos, contribuye grandemente al bien de cada uno en todo orden.

Dice textualmente el Doctor Angélico: "El hombre queda hecho deudor para con otros, según la diversa excelencia de ellos, y según los diversos beneficios que de ellos ha recibido. Ahora bien, en ambas cosas tiene Dios el primerísimo lugar, pues Él es, en Sí mismo, sobremanera excelente y perfectísimo; y, además, es el primer principio y origen de todo nuestro ser y de nuestro régimen o gobierno. Secundariamente nuestros padres y la Patria son para nosotros principio de nuestro ser y de nuestro gobierno, pues de los padres recibimos el ser, y en la Patria nacemos y somos nutridos y formados" (Summ. Th., 2.<sup>a</sup>, 2ae, q. 101, a. 1, c.).

b) La piedad-don del Espíritu Santo: Pero la piedad, además de ser una virtud moral, que nos inclina a dar, principalmente a Dios, el culto y los obsequios de nuestra devoción filial, por la infinita grandeza de Dios, y porque de Él recibimos todos los bienes del orden natural y del orden sobrenatural; es también un don del Espíritu Santo, que consiste en una habitual disposición del alma, con que se deja mover pronta y fácilmente del mismo Espíritu Santo, para tener filial afecto a Dios, como a Padre. Y así, la piedad, en cuanto don, uno de los siete, se refiere ya tan sólo a Dios; no a los Padres ni a la Patria (ibíd., q. 121, a. 1, c.). Pero la piedad, en cuanto don, se extiende a todo lo que de un modo especial es de Dios, como son los Santos, la Sagrada Escritura, y los pobres (ibíd., a. 1, ad 3).

¡Con qué elevación, y a la vez con qué amplitud, ha sido sublimada la piedad por la Teología Católica, muy por encima del concepto estrechamente humanístico con que la vio y la enseñó la Filosofía pagana!

## Grandeza y utilidad de la piedad cristiana

De esta piedad nos dice S. Pablo: "La piedad es provechosa para todas las cosas, ya que tiene vinculada promesa relativa a la vida presente y a la venidera" (I Tim., 4, 8). Es decir: la piedad tiene vinculada promesa relativa a la vida presente, por la paternal providencia que de un modo especial y amantísimo tiene Dios de los que le honran; y promesa relativa a la vida venidera, ya que ella es el galardón eterno de la piedad. La misma experiencia nos demuestra que la piedad es admirablemente provechosa para todas las cosas y situaciones de nuestra

vida presente; nos sirve de luz y de esfuerzo para todos los negocios y dificultades; es como un condimento espiritual, un solaz y un consuelo íntimo en los casos alegres y en los tristes; pone una suave y firme tranquilidad en el alma, por la confianza en la paternal providencia de Dios, ya que a los que aman a Dios, todo se les convierte en bien (Rom., 8, 28). Y como ella nos concilia la bendición de Dios, nos infunde la seguridad de que si nos portamos como buenos hijos, viviendo en piedad para con Dios, tenemos segura la posesión de Él en el cielo.

Y por eso exhorta S. Pablo a su discípulo S. Timoteo, diciéndole: "Ejercítate a ti mismo en orden a la piedad" (1 Tim., 4, 7); esto es: así como los atletas y deportistas se ejercitan corporalmente en la competición o certamen, para la conquista de una victoria, a manera de una corona, pero que se marchita (1 Cor., 9, 25); así tú ejercítate con tan asidua ascesis, que llegues a conseguir el verdadero culto para con Dios, y la sincera devoción para con Él; o, con otras palabras: de tal manera reprime tus movimientos y pasiones, y dirige y ordena todo lo tuyo

hacia Dios, que tus afectos y anhelos no respiren sino piedad. Y a todos nos aconseja el Santo Apóstol que hagamos oraciones y peticiones por todos los hombres, y en especial por los que ocupan puestos de autoridad, "a fin de que pasemos una vida tranquila y sosegada, en toda piedad y dignidad" (1 Tim., 2, 2).

Toda la historia de las almas y de la santidad cristiana corrobora estas enseñanzas de San Pablo, al demostrarnos por experiencia la gran eficacia de la piedad, cuando es sólida, diligente y constante.

### Prácticas de piedad, y sus dos formas

La piedad, que es el espíritu filial con que hemos de vivir, pues somos hijos de Dios, y con que hemos de tratar con Dios, que es nuestro Padre; la piedad, que como virtud, es una potencia, una fuerza; y como don del Espíritu Santo, es una íntima disposición habitual del alma; ha de animar toda nuestra vida; pero para ello se ha de concretar en lo que llamamos prácticas de piedad; y como todas ellas, en una forma u otra, las hacemos tratando con Dios, conversando y comunicándonos con Él, por eso también se llaman y son prácticas de oración.

Lo que vive y alienta dentro del alma, como una fuerza y como un espíritu, se ha de manifestar, y de hecho se manifiesta, en actos; primeramente interiores, y después también exteriores; porque entre la virtud del ángel y la del hombre, como enseña la Teología, hay esta diferencia: que la virtud del ángel, espíritu puro, sin mezcla de materia, es perfecta y acabada en solo lo espiritual; pero la virtud del hombre, compuesto de alma y cuerpo, recibe de los actos del alma el principio que la anima, y de los actos del cuerpo el complemento que la hace perfecta. De los ojos de Jesucristo, dice S. Juan Crisóstomo, salían fulgores ígneos y celestiales; y en su rostro resplandecía la majestad de la divinidad; de manera que a todos atraía con suavidad increíble. Así el cristiano: lo que dentro le anima, reverbera en lo exterior; y las prácticas eternas de piedad, cuando en realidad proceden de la piedad interior, no fingida, sino verdadera, son una gran señal de que dentro vive la piedad, y son, además, como el cuerpo que la hace visible y patente.

Estas prácticas de piedad, así completas, internas y externas, son de dos clases, o tienen dos formas: piedad litúrgica y piedad privada; prácticas o acciones litúrgicas y privadas.

a) La Santa Misa, el rezo del Oficio divino, las oraciones y ceremonias con que la Santa Iglesia administra los Sacramentos y los Sacramentales, son actos *litúrgicos*, o sea, como su mismo nombre lo indica por la etimología griega, actos que pertenecen al Culto público de Dios; y por lo mismo son actos *sociales*, acciones del Cuerpo Místico de Cristo; y así, cuando nosotros ejercemos esas acciones litúrgicas, o participamos de ellas, como los fieles en la Santa Misa, lo hacemos socialmente, como miembros del Cuerpo Místico, unidos al que es nuestra Cabeza, Cristo. Es Él quien primaria y principalmente ejerce

estas acciones del Culto público y oficial de la Iglesia, en honor y gloria de la Divina Majestad. Por lo mismo la piedad litúrgica, y las prácticas o acciones con que se manifiesta, o, lo que es lo mismo, la oración litúrgica, pues la Iglesia todo lo hace con espíritu y con ejercicio de oración, es de una grandeza eminente e incomparable. Cuando un cristiano participa, por ejemplo, del Santo Sacrificio del Cuerpo y Sangre de Cristo, lo hace unido al mismo Cristo, a la Santísima Virgen, a todos los Santos del cielo y de la tierra, en una palabra, al Cuerpo Místico de Cristo; y así su oración y su voz constituye una misma cosa con la oración y la voz de Cristo y de su Iglesia; y, por consiguiente, se eleva hasta Dios divinamente poderosa, porque es de toda la Iglesia; de Cristo y de sus miembros.

b) Mas no son éstas las únicas prácticas de la piedad cristiana, la única oración. Hay otras, también muy aceptas a la Majestad Divina, necesarias en la vida cristiana, que pertenecen al Culto privado, que el cristiano, como tal, da a Dios. Son la oración vocal y mental, la contemplación y los demás actos o prácticas de piedad, que son acciones, no sociales, sino *individuales*, pues las ejercita el cristiano como persona privada, aunque siempre formando parte del Cuerpo Místico de Cristo, como miembro de él. Es la oración cristiana, no de la Sociedad, sino de cada cristiano, que viviendo en gracia de Dios, y en nombre propio, o con un grupo de hermanos y hermanas en Cristo, la eleva a Dios, Trino y Uno, por el Mediador, Jesucristo. Y así cada vez que rezamos las oraciones de la mañana, o de la noche; cada vez que a solas o junto con otros rezamos el Santo Rosario; cada vez que nos recogemos a orar o conversar con Dios, en múltiples y preciosas maneras, nuestra oración es cristiana, sin duda alguna, porque es hecha por Cristo, con Cristo, y en Cristo; y aunque es la oración de una persona o de un grupo de personas que, en nombre propio, privadamente, se dirige y se eleva al Padre Celestial, le es a Él muy acepta, porque la hacemos viviendo en Cristo, y vivificados por el Espíritu Santo.

Mas dicho esto, a renglón seguido, advirtamos que no es lo mismo, de ninguna manera, piedad individual que piedad individualista; ni tampoco es lo mismo, en absoluto, piedad privada que piedad egoísta, como algunos injustamente la motejan y calumnian. Puede haber, y

hay muchísimas veces, oración individual y privada que es oración enteramente católica, santamente católica, santamente universal, ya por el espíritu con que se hace, ya por el objeto a que se dirige, pues son muchos los que oran poniendo su corazón y todo su intento en el bien de toda la Iglesia, de todas las almas redimidas con la Sangre de Cristo. Pensemos, por ejemplo, en la oración privada de Santa Teresa de Jesús o de Santa Teresa de Lisieux... ¡Y hay tantos que les imitan!

Muy alto es ciertamente el monte santo de la Sagrada Liturgia; y muy encumbradas las cimas de las prácticas de piedad que le son propias; pero les hacen un flaco servicio y se equivocan lamentablemente los que para mostrar esa eminente excelstitud, se empeñan como en desmochar y aun abatir y hacer desaparecer los collados, coalldos hermosos y frondosos, de la piedad privada y también santos, aunque más modestos, pero en verdad de sus fructuosísimas prácticas para bien de todo el Cuerpo Místico, y aun para toda la familia humana, en las que sin duda se complace mucho el Señor, Padre de todos.

Más aún: al distinguir cuidadosamente, como lo hemos hecho, estas dos clases de prácticas de piedad, la litúrgica y la privada, de ninguna manera las hemos de diversificar tan antitéticamente, ni las hemos de alejar entre sí con tanta distancia, que pongamos entre ellas

como una barrera infranqueable; pues la verdad es que en cada una de las formas de piedad hay, y siempre ha de haber, algo y aún mucho de la otra. En efecto: ni el cristiano, cuando participa de las acciones litúrgicas, se ha de refundir y cómo diluir en la Sociedad sobrenatural a que pertenece, y en la cual y con la cual hace su oración social, pública, litúrgica, que pierda su propia personalidad; antes al contrario, cuanto son más altas y más santas las prácticas de piedad litúrgica, ha de vivirlas con su espíritu interior, actuando personalmente sus facultades individuales, tanto las de hombre racional, como las que le son peculiares como cristiano, pues si no obrase así, no sería su oración y su adoración en espíritu y en verdad; ni tampoco, cuando el cristiano ora en privado y se ejercita en las prácticas de piedad individual o familiar, deja de ser miembro del Cuerpo Místico de Cristo, ni se desentiende o aparta de la Sociedad sobrenatural de que forma parte siempre y en todo momento; y cuanto es más plenamente vivo, y más sano, y más vigoroso miembro del Cuerpo Místico, tanto más influye en todo el Cuerpo y aun en todos los redimidos. Es que el dogma magnífico y altamente consolador de "la Comunión de los Santos" no se circunscribe a sola la vida litúrgica, sino a toda la vida de piedad, aun privada, y a toda la vida santa del cristiano verdadero.

### Enseñanzas de Cristo y de la Iglesia

Ambas clases de prácticas de piedad nos las enseñó Cristo con su ejemplo y con su palabra; pues el mismo que en la Última Cena instituyó la más excelsa de las acciones litúrgicas, el Sacrificio y el Sacramento de la Eucaristía, nos había enseñado y recomendado muchas veces la oración privada con expresiones sumamente significativas; y así, en el Sermón de la montaña, nos dijo: "Mas tú, cuando ores, entra en tu recámara (en tu habitación más interior); y, echada la llave a la puerta, haz tu oración a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que mira a lo secreto, te dará la paga" (Mt., 6, 6). ¿Es posible hablar más claro?

A continuación le preguntan los discípulos cómo han de orar. Y satisfaciendo tan justos deseos, y aun adelantándose a ellos, díceles Jesús: "Vosotros, pues, habéis de orar así..." (Ibíd., v. 9); y les enseña su oración, la oración que por lo mismo se llama Dominical, la del Señor. Es el "Padre nuestro". Mas no les dice que oren de esa forma cuando estén tan sólo en el Templo, y participen del Culto público y oficial; sino que su enseñanza es universal, para todo lugar y tiempo, para que el "Padre nuestro" sea la oración principal del cristiano. Es oración litúrgica en la Santa Misa y en otras acciones del Culto social y público de la Iglesia; pero es también oración privada en toda ocasinó y en todo sitio. Así se ha practicado en casi veinte siglos de Cristianismo; y empeñarse en decir lo

contrario, es ir contra la mente y pervertir el sentido de las palabras de Cristo, tan generales y universales.

San Pablo, por su parte, nos enseña lo mismo: las dos formas de prácticas de piedad; y cuanto a las privadas, nos dice: "Quiero que los varones oren en todo lugar" (1 Tim., 2, 8). Y ¿todo lugar es para el Culto público o Litúrgico? Lo será el que la Iglesia señale para ello; pero en cualquier otro lugar, conforme a la enseñanza del Apóstol, hemos de orar.

Y como habló Jesucristo y tras Él sus Apóstoles, habla la Iglesia por boca de los Sumos Pontífices, Vicarios de Cristo en la tierra. Baste, como muestra, un ejemplo, ciertamente insigne; es del Santo Papa Pío X, el que tanto se afaná por restituir su esplendor a la Sagrada Liturgia; pero que, juntamente, recomendó, sobre todo a los Sacerdotes, la oración recogida y privada, en especial la oración mental. Oigamos las palabras que dirige al Clero católico en su Exhortación Pastoral "Haerent animo", del 4 de agosto de 1908: "En este punto lo más importante es que se destine todos los días un tiempo determinado a la meditación de las cosas eternas. No hay sacerdote que pueda omitir esto sin grave nota de incuria y sin detrimento de su alma". Y ¿qué decir de las encendidas palabras y sólidos razonamientos con que el mismo San Pío X y otros Sumos Pontífices, ya predecesores, ya sucesores han exhortado a toda clase de personas a la práctica de los Ejercicios Espirituales en retiro?

### Un doble Movimiento litúrgico

Ya hemos aludido a la actividad pastoral que para restaurar la Sagrada Liturgia desplegó, con gran bien de la Iglesia, el Padre Santo que tuvo por lema de su Pontificado "restaurar todas las cosas en Cristo". Ya para entonces habían surgido en la Iglesia dos Movimientos litúrgicos, uno enteramente sano y santamente recto; otro, muy distinto y sembrador de confusión de ideas.

a) A fines del siglo pasado, y sin duda por el soplo vivificador del Espíritu Santo, cundió en la Iglesia un vigoroso Movimiento litúrgico, orientado a la renovación de la vida litúrgica, y singularmente a la participación activa, consciente y fervorosa de los fieles en ella. Sobresalió en ese Movimiento renovador el insigne Abad Benedictino Dom Próspero Gueranger, cuya clásica obra "El Año Litúrgico" tenemos traducida en cinco hermosos tomitos. Se añadieron otras voces ilustres, ya del Clero Diocesano, ya de Religiosos de distintas Órdenes, ya también de celosos seglares, para promover el mismo sagrado intento. Compendio, expresión autorizada y desarrollo doctrinal de él fue la admirable Encíclica de Pío XII "Mediator Dei"; y recientemente ha culminado ese mismo providencial Movimiento con la Constitución del Concilio Vaticano II "sobre la Sagrada Liturgia". Ya sabemos a qué atenemos, ya todo queda clarísimo y en su punto.

b) Pero casi al mismo tiempo, juntamente con este santo Movimiento de renovación Litúrgica, y repitiéndose el triste caso de la cizaña, de que nos habla el Divino Maestro en su bella parábola evangélica, brotó, en medio

del buen trigo de la recta orientación litúrgica, otro movimiento, muy funesto por cierto, que fue de desviación y de confusión; fue un liturgismo exagerado, promovido, entre otros, por el Monje Benedictino Dom Festugière. Se extendió el Movimiento por varias naciones; pero escritores ilustres salieron por los fueros de la verdad y de la prudencia en libros y revistas; y con los argumentos de la Sagrada Escritura y de la Tradición Católica, enseñada por el Magisterio de la Iglesia, descubrieron los sofismas y rebatieron los equívocos, exageraciones y aun errores de aquel movimiento desviado. Por desgracia, continuó la corriente malsana; y el Papa Pío XII, en su citada gran Encíclica "Mediator Dei" habló muy claro, y expuso la verdad que ha tenido siempre la Iglesia, y que han de mantener cuantos quieran sentir con Ella; enseñándonos a hermanar concordamente ambas formas de prácticas de piedad; tanto que después de exponer maravillosamente todas las cuestiones relacionadas con la Sagrada Liturgia, dedica una parte de la Encíclica, desde el número 216 hasta el 228, a enaltecer y recomendar las prácticas santas y provechosísimas de la piedad privada.

Sin embargo, ni después de este soberano Documento Pontificio, ni aun después de la mencionada Constitución del Concilio Vaticano II, ha desaparecido del todo la cizaña; todavía quedan muchas mentes ofuscadas con una lamentable confusión de ideas. Por ello será bueno volvamos sobre este asunto en otros artículos.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

## NOVEDAD EDITORIAL

SEGURIDAD DOCTRINAL, por el P. JESÚS GONZÁLEZ-QUEVEDO, S. J.  
Folleto orientador, de un Profesor de Comillas, que disipará la confusión de muchas inteligencias. 48 págs. 5 ptas.

## REIMPRESIONES

SAN JOSE EN EL CANON Y EN EL CONCILIO. Contiene la Carta Apostólica de Juan XXIII, la historia de la inserción del nombre de San José en el Canon y una suma de las grandezas del Santo Patriarca.

Cuarta edición. 72 págs. 5 ptas.

LA IGLESIA Y EL ALZAMIENTO NACIONAL. Resumen de las enseñanzas de la Iglesia sobre el tema.

Sexta edición. 72 págs. 5 ptas.

LA UNIDAD CATÓLICA DE ESPAÑA. Las principales intervenciones de la Iglesia y el sentir de nuestros grandes pensadores en tan grave problema.

Segunda edición. 80 págs. 5 ptas.

Suscripción ordinaria . . . 200 Ptas. año  
» de amistad de 200 a 1000 Ptas.  
» de protección a partir de 1000 »  
Número suelto . . . . . 20 »

# CRISTIANDAD

REDACCION: Lauria, 15, 3.º Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.

# LA IGLESIA Y EL PROBLEMA DE LA REGULACION DE LOS NACIMIENTOS

El problema de la regulación de la natalidad es uno de los más delicados de la hora presente. Antes de ser planteado desde el punto de vista demográfico, concierne a la moral familiar y al fin mismo del matrimonio.

Fuera del cristianismo los filósofos o los legisladores se muestran muy tolerantes. Se condena el aborto, el infanticidio. Desde el punto de vista histórico es ya un progreso considerable en comparación de las antiguas costumbres, pero que los esposos recurran a diversos medios anticonceptivos, esto parece normal o indiferente.

Los mismos cristianos están divididos. A partir de cierta famosa conferencia de Lambeth (1958), la iglesia anglicana ha reconocido expresamente la licitud del "birth-control", practicado en el interior de la familia, sin inquietarse demasiado de la elección de los medios.

La Iglesia católica se muestra intransigente. Reprueba todo medio directamente encaminado a impedir que la unión carnal logre su fin normal. Esta ley, recordada solemnemente en 1931 por la encíclica "Casti connubii", ha sido promulgada de mil maneras por las declaraciones episcopales, la predicación, la prensa y no puede ser ignorada en la actualidad. Cuando Pío XI habló y declaró que los confesores estaban obligados a hacer ciertas preguntas a los fieles, algunos se alarmaron: "Conseguiréis, se decía, transformar en pecado formal una multitud incontable de pecados puramente materiales. Dejad pues a la gente en su buena fe o en el claroscuro de una conciencia mal formada". Hasta hubo sacerdotes que pidieron a los predicadores cuaresmales no tocar este delicado asunto. Pero la luz de Dios, aun cuando parece cegar, es siempre bienhechora. Nunca agradeceremos suficientemente a Pío XI y a sus sucesores el habernos hablado tan alto y tan claro.

Sin embargo, todo el problema no está resuelto todavía. Efectivamente, hay una manera simplista de hablar de estas cosas. Hace cincuenta años, en una Semana social, un joven sacerdote, confundiendo los intereses del Reino de Dios con los de su propio país entonces inquieto al ver descender el nivel de la natalidad, recordó a los seglares el deber de la fecundidad. Con ello se mereció la observación de un historiador cristiano conocido por su buen sentido: "La Iglesia ¿nos autoriza todavía, si lo deseamos, a guardar continencia?"

Se ha visto a sacerdotes y seglares bienintencionados estimular oportuna e importunamente la bendición que acompaña a las familias numerosas recordando, Evangelio en la mano, que hay que contar con la providencia de Dios, que alimenta a los pajarillos y viste a los lirios del campo. Lo cual es simplificar desmesuradamente los pro-

blemas. Este ciertamente que no es simple, y si el egoísmo de los esposos les induce demasiado frecuentemente a limitar de manera inmoral el número de sus hijos, se comprueba que el problema moral de la limitación de los nacimientos se plantea sobre todo a los mejores cristianos, frecuentemente ya cargados de familia, porque se han negado a escamotear la ley divina.

El fin primario del matrimonio es la procreación y la educación de los hijos. Contra una escuela que invertía el orden de los fines, la Iglesia recordó repetidas veces que la ayuda mutua entre los esposos es un segundo fin, lo que no quiere decir secundario. Pero hay que entender bien el fin primero: Dios manda a los esposos unirse con miras a dar hijos al mundo, pero también trabajar en común para insertarles en la comunidad humana de la que la familia es la célula inicial. Ahora bien, el que comprende su deber en toda su totalidad, puede ser llevado a plantearse lealmente el problema de la regulación de los nacimientos. La salud de la madre, la insuficiencia total o relativa de recursos, la exigüidad de la vivienda, el mismo laudable deseo de no renunciar a sus tareas apostólicas son otras tantas razones, para los esposos cristianos, de preguntarse en qué medida pueden continuar usando del matrimonio aun tratando de prevenir los nacimientos demasiado numerosos y demasiado cercanos.

Supuesto que todo medio anticonceptivo directo está excluido, se proponen diversas soluciones. La primera es la continencia total. La vida de los santos da de ello ejemplos notables. Pero si los esposos no han llegado a semejantes alturas espirituales, el medio corre peligro de volverse contra el fin. La medicina moderna ha estudiado lo que se llama la continencia periódica. No es éste el lugar para decir en qué consiste el método de Ogino o el método dicho de las temperaturas. Quedémonos en su punto de vista moral. Estos métodos no han sido condenados por la Iglesia, pero se les puede utilizar con intenciones muy diversas; como toda práctica indiferente, pueden ser puestos al servicio del egoísmo o al servicio del amor. Dos esposos que retroceden ante el empleo de los procedimientos más eficaces guardando en el corazón el respeto a las leyes de Dios y de la Iglesia, se quedarán tan tranquilos usando de estos procedimientos, sea para evitar un nacimiento durante los primeros años de matrimonio, sea para tener menos molestias después de un primero y de un segundo nacimiento. Disfrutarán de manera egoísta de las alegrías que procura la vida conyugal sin la paternidad y la maternidad. No es éste el espíritu cristiano. Pero sabiendo que un nuevo nacimiento arries-

ga la vida de una esposa cuya salud ha sido ya puesta a prueba por diversos embarazos y sabiendo también que la unión carnal contribuye por voluntad del mismo Dios a la unión de los corazones y de las almas, un esposo cristiano tiene el derecho de recurrir también él a estos métodos que la moral cristiana autoriza o no condena.

Se lee en los tratados demográficos que la familia normal es la de dos o tres hijos. Se trata del punto de vista del estadístico, que piensa ante todo en el porvenir de la raza o en el equilibrio psicológico del hogar. El cristiano no pondrá a priori ningún límite a la extensión de la familia, sino que resolviendo su caso particular en sus determinadas circunstancias económicas, podrá preguntarse si, respetando la ley divina, puede tratar de limitar el número de los hijos que puede alimentar y preparar a desempeñar un papel en la comunidad humana. La superpoblación, se dice, es la ley normal en los países subalimentados, y en apoyo de esta tesis se pueden aportar numerosos hechos y razones psicológicas. Pero los mismos estadísticos no dejan de notar que en ciertos países católicos, como el Canadá, una considerable natalidad coincide con un nivel de vida relativamente elevado. En semejante materia no hay una ley universal, si bien no depende de cada uno el vivir en tal o cual país, en una campiña espaciosa o en un rascacielos donde cada familia no tendrá sino un espacio limitado. Entre la moral y las costumbres, entre la vida moral y las condiciones de vivienda, de salario, de salud hay relaciones incesantes. Nadie puede desconocer este hecho, y, salvo lo esencial de las exigencias de Dios y de la Iglesia, cada uno, con los consejos de un director iluminado, tendrá que formarse la conciencia y ver de no hacer nunca nada que no sea inspirado por el amor de Dios y del prójimo, que es en primer lugar el prójimo que está más cerca de nosotros.

### **Crecimiento demográfico y regulación de la natalidad**

Sobre el tema en cuestión es claro el pensamiento católico, capitaneado por el de los últimos sumos pontífices. La Unión Internacional de estudios sociales (Unión de Malinas), se expresaba así en junio de 1954: "Los recursos para colmar este déficit existen. El total de las tierras cultivadas en el mundo no excede la quinta parte de las tierras cultivables en condiciones bastante parecidas una vez hechas las inversiones necesarias. Realizando sobre las tierras actualmente cultivadas mejoras técnicas perfectamente practicables y añadiendo a las zonas cultivadas una décima parte de la reserva de los terrenos cultivables, sería posible garantizar a todos los pueblos del mundo una alimentación suficiente, habida cuenta no solamente de la población actual, sino aun de su crecimiento probable durante varias generaciones". Y Pío XII se encaraba con el problema en septiembre del mismo año dirigiendo la palabra a los miembros del Congreso mundial de la población: "No podemos por eso por menos de regocijarnos de la luz que vuestros trabajos, los de todos los demógrafos sinceros, aportan al conocimiento de

las leyes y valores que condicionan la evolución de las poblaciones. Por eso exhortamos a los católicos a tomar parte activa en las investigaciones y esfuerzos que se llevan a cabo en este terreno. Pero deseamos que tales esfuerzos se hagan en la fidelidad a la doctrina cristiana, en comunión con tantos hombres y mujeres que, iluminados por su razón y sostenidos por una justa confianza en la Providencia, plenamente conscientes de las dificultades con las que se enfrentan y de sus deberes para con la comunidad, respetan el voto creador que se encuentra en el corazón mismo del amor y de la vida".

"La Providencia, decía Pío XII en enero de 1958 a los miembros de la Federación italiana de asociaciones de familias numerosas, es una realidad, una necesidad de Dios Creador. Indudablemente que no es del desacuerdo o de la inercia de la Providencia, sino más bien del desorden del hombre — en particular del egoísmo y de la avaricia — de donde ha nacido y por los que se mantiene sin resolver todavía el problema de la superpoblación de la tierra, superpoblación en parte realmente existente y en parte temida sin fundamento por nuestra sociedad moderna como una catástrofe inminente. Gracias al progreso de la técnica, a la facilidad de los transportes, a las nuevas fuentes de energía de las que apenas se ha comenzado a recoger los frutos, la tierra puede prometer la prosperidad a todos cuantos albergará durante mucho tiempo todavía. En cuanto al porvenir, ¿quién puede prever los nuevos recursos imprevistos que se ocultan en nuestro planeta y las sorpresas, aun fuera de él, que pueden reservarnos las maravillosas realizaciones de la ciencia hoy apenas en sus comienzos? Y ¿quién puede garantizar para el futuro un ritmo natural de procreación igual al de la actualidad? La intervención de una ley moderadora intrínseca al ritmo de la expansión, ¿será acaso imposible? La Providencia se reserva el destino futuro del mundo. Es con todo un hecho singular que, en la hora en que la ciencia transforma en útiles realizaciones lo que el tiempo pasado estimaba fruto de imaginaciones calenturientas, los temores de algunos transforman en visiones catastróficas las esperanzas fundadas de prosperidad. La superpoblación no es pues una razón válida para esparcir las prácticas ilícitas del control de la natalidad, sino más bien el pretexto para legitimar la avaricia y el egoísmo, ya sea de las naciones que temen en la expansión de los demás un atentado a la propia hegemonía política y el descenso del nivel de vida, ya de los individuos, especialmente de los más agraciados por la fortuna, que prefieren disfrutar más ampliamente de los bienes de la tierra a la gloria y al mérito de suscitar nuevas vidas. Se llega así a violar las leyes ciertas del Creador so pretexto de corregir los imaginarios errores de su Providencia. Por el contrario, sería más racional y útil que la moderna sociedad se aplicase más decidida y universalmente a reformar la propia conducta descartando las causas del hambre en las "zonas deprimidas" o superpobladas, empleando más activamente para fines pacíficos y de intercambio, una economía de miras más amplias y menos nacionalista, reaccionando sobre todo contra las suges-

tiones del egoísmo por medio de la caridad y contra la avaricia con una aplicación más concreta de la justicia. Dios no pedirá cuenta a los hombres del destino general de la humanidad, que eso es negocio suyo, sino de cada una de las propias acciones en conformidad o en oposición con los dictámenes de su conciencia.”

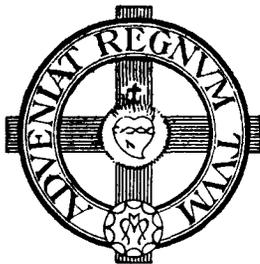
En otra ocasión, matizando las condiciones de la moralidad del método de Ogino, se expresaba así el mismo Pío XII en septiembre de 1958 a los miembros del Congreso internacional de hematología: “La utilización de la esterilidad temporal natural, en el método Ogino-Knaus, no viola el orden natural como la práctica descrita anteriormente, ya que las relaciones conyugales responden a la voluntad del Creador. Cuando este método es utilizado por motivos serios proporcionados (y las condiciones de la eugenesia pueden tener un carácter grave), se justifica moralmente... En nuestra alocución de 1951 precisamos que los esposos que hacen uso de sus derechos conyugales tienen la positiva obligación, en virtud de la ley natural propia de su estado, de no excluir la procreación. El Creador, en efecto, ha querido que el género humano se propagase precisamente por medio del ejercicio natural de la función sexual. Pero a esta ley positiva aplicábamos el principio que vale para todas las demás: que no obligan en la medida en que su cumplimiento comporta notables inconvenientes que no son inseparables de la ley misma ni inherentes a su cumplimiento, sino que proceden de otra parte, y que el legislador no que proceden de otra parte, y que el legislador no

El respeto a las leyes de la vida lo inculcaba también Juan XXIII en la “Mater et Magistra”: “Tenemos que proclamar solemnemente que la vida humana tiene que ser transmitida por la familia fundada sobre el matrimonio, uno e indivisible, elevado para los cristianos a la dignidad de sacramento. La transmisión de la vida humana está confiada por la naturaleza a un acto consciente y personal y, como tal, sometido a las leyes sapien-tísimas de Dios, leyes inviolables e inmutables que todos

tienen que reconocer y obedecer. No se puede pues emplear medios, seguir métodos que serían lícitos en la transmisión de la vida de las plantas y de los animales. La vida humana es sagrada ya que, desde su origen, requiere la acción creadora de Dios. Quien viola estas leyes ofende a la Majestad divina, se degrada a sí mismo y consigo a la humanidad, debilita además la comunidad de la que es miembro”.

El actual Pontífice Paulo VI se hacía eco del problema ya en su primer mensaje de Navidad, el año 1963, con estas palabras: “Este problema lamentable (el hambre), si no se le oponen los remedios pertinentes, no lleva trazas de disminuir, sino más bien de acrecentarse. El desarrollo demográfico en las zonas del hambre no encuentra todavía su contrapartida en el crecimiento económico de los medios de subsistencia, al mismo tiempo que coincide con la extensión de los medios de información y de cultura, que avivan la conciencia penosa de la situación y la reacción de la rebeldía. El hambre puede dar lugar a violencias subversivas de trascendencia incalculable. Los hombres que estudian este problema impresionante y temible, se sienten a veces tentados a acudir a remedios que tienen que ser considerados peores que la enfermedad cuando se ponen a controlar la fecundidad misma de la vida por medios que la moral humana y cristiana no pueden por menos de declarar ilícitos. En vez de abastecer con más pan la mesa de la humanidad hambrienta, como puede hacerlo el desenvolvimiento moderno de la producción, algunos piensan en procedimientos contrarios a la honestidad para reducir el número de los comensales. Esto no es digno de la civilización. El crecimiento demográfico de los pueblos desprovistos de los medios indispensables de subsistencia plantea un problema muy grave y muy complejo, lo sabemos; pero no puede admitirse que su solución consista en métodos contrarios a la ley de Dios y al respeto que impone el carácter sagrado del matrimonio y de la vida desde sus primeras manifestaciones”.

(Fragmento de la explicación que la Dirección General del Apostolado de la Oración transmite desde Roma de la «Intención» correspondiente al mes de octubre.)



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Septiembre - 1964

### GENERAL:

Que las dificultades provenientes del constante aumento de la población mundial, sean solucionadas conforme a las normas de la ley divina, bajo la guía de la justicia y la caridad.

### MISIONAL:

Que en los países católicos crezca el entusiasmo por las misiones.

# EL CORAZON DE CRISTO REY

## La realidad de una síntesis luminosa: El Corazón de Cristo Rey

Muy conforme con el espíritu que alienta en **CRISTIANDAD**, que desde sus inicios ha tenido por divisa "El reinado de Jesucristo por la devoción de los Sagrados Corazones", son las enseñanzas que en su tesis doctoral nos proporciona el P. Ramón M. Fondevila. Por esto creo que ayudará a fortalecer este espíritu y, además será del gusto de nuestros lectores el extractar y condensar algunos de sus pensamientos, ya que la extensión y profundidad de su trabajo no convida a su comentario.

Al final de su trabajo hace una sinopsis en la cual expone la razón de su tesis y su oportunidad: Es un hecho que pertenece a lo espontáneo y generalmente admitido por el pueblo cristiano la fusión de la Realeza de Cristo con el Corazón de Jesús.

En cierta literatura devota, imágenes populares, monumentos nacionales y locales, consagraciones, himnos, cantos, oraciones, jaculatorias, etc., aparece profusamente Cristo Rey bajo el símbolo del Corazón de Jesús.

Más aún está prescrita a toda la Iglesia por el Papa la renovación anual de la consagración del mundo al Corazón de Jesús precisamente en la fiesta de Cristo Rey.

Además el día de la festividad litúrgica del Corazón de Jesús se debe, por disposición del Papa, renovar cada año un acto de reparación de los derechos violados de Jesucristo.

Pero además de esto las Encíclicas Pontificias fundamentales que tratan de la devoción al Corazón de Jesús tratan asimismo y no en forma totalmente subalterna de la realeza de Cristo.

Esta realidad está presente a todos. Pero se presenta un problema: teológicamente el estudio de la Realeza de Cristo no lleva de un modo inmediato a la del Corazón de Jesús.

El culto o devoción al Corazón de Jesús parece tener un carácter predominantemente íntimo y personal, mientras que por el contrario la Realeza de Cristo envuelve un carácter marcadamente jurídico, social y colectivo.

¿El hecho pues de tal síntesis es algo extrínseco debido a causas circunstanciales o anecdóticas, o por el contrario, se apoya en razones intrínsecas fundadas en el Dogma y la Tradición y puede por lo mismo ser justificada teológicamente como algo esencial y necesario?

¿Cuál es el sentido teológico de la síntesis: Realeza de Cristo y Corazón de Jesús?

### Importancia del tema

La importancia del tema propuesto se da por sí misma, pero la tiene asimismo por la enorme difusión e influjo en la vida cristiana popular.

Sin embargo no ha sido estudiada con la detención que se merece. Basta echar una mirada a la Bibliografía. En los dos voluminosos tomos comentario de la Haurietis Aquas, titulado *Cor Iesus* preparados por el Cardenal Bea y el P. Hugo Rahner, en el que se contiene profundos trabajos sobre el Sagrado Corazón, no se trata el tema de la Realeza. Tampoco fue tratado en el I Congreso Internacional de Barcelona del pasado octubre de 1961.

La necesidad, sin embargo, de atender a la Realeza de Cristo la sentía, entre otros el Rdo. Ramón Roquer, Catedrático de la Facultad de Filosofía de la Universidad Civil de Barcelona, comentando la labor del citado Congreso: "Tal vez esta idea ha sido poco desarrollada por el Congreso Internacional que hoy se cierra con tanta brillantez (*"La Vanguardia"*, 28 de octubre de 1961). Y luego manifiesta deseos de que se trate este tema.

Tampoco se ocupa de nuestro tema la reciente obra *"Teología del Sdo. Corazón del P. Urrutia"* (octubre 1961).

## LA REALEZA DE CRISTO EN CUANTO A HOMBRE

Antes de entrar en el fondo de la cuestión, el P. Fondevila hace un estudio profundo de la realeza de Jesucristo. La realeza divina de Jesucristo, es decir, la afirmación de que Jesucristo es Rey en cuanto Dios, pertenece a la Fe Divina y Católica.

### Poder de Dios de delegar su dignidad regia

Dios tiene el dominio absoluto de todos los hombres y sociedades y puede delegar sus poderes y determinar la forma de ejercerlos a quien quiera y como quiera.

Así lo hizo Dios con el pueblo de Israel, una vez por medio de personajes llamados jueces, otras escogiendo un Caudillo como Moisés y Josué, otras designando y ungiendo a los Reyes, como Saúl, David y Salomón.

### El Mesías Rey

Para acertar en esta cuestión de la Realeza de Cristo, el Mesías, su Hijo encarnado, es menester conocer lo que dispuso Dios respecto de su Misión en el mundo. No hay duda de que Dios podía haber dispuesto que el Mesías no cumpliera otra misión que la de Maestro o la de Sacerdote, pero no es así, sino que, además, ha querido que fuese Rey.

No hay nada tan nuclear en la historia de Israel como la ordenación de todo él hacia el futuro. La historia de Israel es la historia de una promesa.

Ahora bien "la Promesa", que recorre en forma de Profecía, adquiriendo progresivamente rasgos más concretos, toda la historia de Israel desde su primer germen que es Abraham, significa para los judíos el advenimiento del Mesías por antonomasia, por la cual Jahveh sería conocido y adorado por todos los pueblos, y el pueblo de Israel, exaltado sobre todas las naciones instaurándose así el Reino de Dios, universal, visible y fecundo en bienes espirituales y materiales; y todo ello mediante un juicio que debía separar los buenos de los malos.

Los salmos. Isaías, Daniel afirman categóricamente que el Mesías será Rey Universal.

El arcángel S. Gabriel lo declaró sin sombra de dudas a María al anunciarle que sería Madre del Redentor.

### Realeza espiritual

Dependiendo de la voluntad de Dios y de Jesucristo, en cuanto Dios, el ejercicio de esta Realeza Mesianica, por ella consta claramente que ha querido que fuese eminentemente espiritual: viene para redimir a los que estaban bajo el yugo del pecado y para que los hombres recibiese la adopción de hijos de Dios. Las riquezas y los honores son inferiores a ese cumplimiento, más aún, la pobreza y la humillación son en sí preferibles por el Reino de Dios. Pero la afirmación más explícita de su realeza espiritual la hace el mismo Jesús en su diálogo con el Procurador romano Poncio Pilatos. "Mi reino no es de este mundo".

Que este reinado espiritual le compete a Jesús en cuanto hombre se deduce del hecho de que los bienes mesianicos nos vienen por el Sacrificio de la Cruz. Ahora bien el sacrificio de la Cruz lo realizó Jesucristo en cuanto hombre. Y que por este motivo le compete a Cristo la dignidad regia, se deduce de la aplicación de aquel principio profundo en su sencillez: "es natural que quien adquiere algunos bienes para otros, sea el mismo quien se los distribuya".

### La unión hipostática exige la regia dignidad

Hay otras razones para comprender que Dios quisiese para el Mesías la dignidad regia, y es su excelsa dignidad por razón

de la unión hipostática que pide que se le comuniquen todas aquellas prerrogativas que le son convenientes y que le dignifican, como es, sin duda, la dignidad regia.

#### La afirmación de Jesucristo.

Además antes de la Ascensión dijo Jesús: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. "Ahora bien, este poder sólo se le podía haber dado en cuanto hombre, porque en cuanto Dios ya lo poseía".

#### Títulos que acreditan la dignidad regia de Cristo

Resumiendo, las razones que dan a la Humanidad de Jesucristo un derecho natural a la Realeza son las siguientes: El sentido humano del Mesías — rey propio de los vaticinios del A. T. —, la relación entre el sacerdocio de Cristo y el derecho de extender el fruto en forma autoritativa y obligatoria — la razón de suma excelencia debida a la Humanidad de Cristo —, la misma afirmación de Jesús entendida en su sentido obvio — y finalmente el derecho de conquista que el sacrificio de Jesús le da a Él sobre toda la Humanidad son razones intrínsecas que prueban que Jesús, precisamente en cuanto hombre, es Rey Espiritual.

#### La libre elección

León XIII añadió una razón nueva: el de la libre y afectuosa elección de la Humanidad: "consagrándonos a Él, no sólo reconocemos y aceptamos abierta y gustosamente su Imperio, sino que testimoniamos prácticamente que si fuese nuestro lo que le regalamos se lo daríamos gustosísimos, y que le pedimos que no lleve a mal recibir de nosotros eso mismo, aunque sea totalmente suyo.

### EXTENSIÓN DE LA REALEZA DE CRISTO A LA SOCIEDAD CIVIL

El Reino espiritual de Jesucristo se extiende a todos los individuos y no se detiene en ellos, sino que alcanza a las mismas sociedades humanas en cuanto tales. Así lo han enseñado los Papas. Baste citar a Pío XI, en la Encíclica *Ubi Arcano*: Reina Jesucristo en las mentes..., en la familia..., en la sociedad civil, cuando tributados en ella los supremos honores a Dios, del mismo modo se van a buscar en él el origen y derechos de la autoridad, para que no falten o la norma del mandar o el deber y dignidad de obedecer".

#### El poder regio sobre las cosas temporales

Pero cabe preguntar ¿tiene también poder sobre las cosas temporales? El conjunto de los vaticinios reviste tales caracteres que parece que se refieren a dominación política y prosperidad terrenal.

Pero todo ello puede muy bien alcanzarse por el dominio directo en lo espiritual propio de la Iglesia sobre la sociedad civil nacional e internacional, y por el consiguiente dominio indirecto aún en lo puramente civil y material por la subordinación de lo material a lo espiritual.

En cuanto a la realeza sobre las cosas temporales de Jesucristo en cuanto hombre, Pío XI la afirma en la Encíclica *Quas Primas*, en conformidad con la doctrina de Santo Tomás; pero no la quiso ejercer, y no quiere que su Iglesia la ejerza.

### CRISTO REY DE AMOR. - PRUEBAS DEL AMOR

#### Dios es amor y todo lo hace por amor

a) Cristo es Rey, pero es Rey de amor y quiere reinar por el amor, y el símbolo de este amor es el Corazón. La teología enseña que la creación con todas sus magnificencias y limitaciones no tiene en Dios otra razón de ser que la gratuita y libérrima comunicación del Amor divino. Todo lo que existe fuera de Dios es la gran emanación del Amor cuyo manantial surge de la misma substancia divina, que por encima de toda filosofía y poesía definió S. Juan diciendo: Dios es caridad. Y esta emanación del Amor tiene una imagen simbólica, el corazón humano

de Jesucristo. La libre voluntad de Dios, el amor de Dios, son la última y la única explicación del Universo.

#### La Redención

b) Después del pecado la forma y el singular modo de proceder que no usó para con el mundo angélico, mezclando a las palabras de condenación el anuncio de la redención, y el modo absoluto con que se hace y mantiene la promesa es la más clara manifestación de la prevalencia del Amor de Dios.

#### La providencia con Israel

c) La providencia de Dios con Israel a través de su historia de prevaricaciones e infidelidades por un lado, y las misericordias por parte de Dios y el más grande de los preceptos: Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón; son otra prueba del amor que les tiene y que pide de sus criaturas. Sólo un conocimiento superficial de las cosas puede contraponer al Dios bondadoso del N. T. un supuesto Dios iracundo y cruel del Antiguo.

La historia de Israel hasta la venida del Mesías es una excepcional Providencia de Dios; es por lo tanto una especial muestra de amor para con los hombres, vinculados todos a este pueblo único. Pero Yahve mismo se complace en expresar tal realidad, con los términos más explícitos del amor humano: el amor de madre, el de esposa recién casada, las efusiones epitalámicas del Cantar de los Cantares, y, sobre todo, con la exquisita preparación a la venida al mundo de su Hijo Unigénito.

#### La vida de Cristo

d) Jesucristo en el primer instante conoce la voluntad del Padre: la redención de los hombres, y prorrumpe en un intensísimo acto de caridad, y no declinó un instante de esta obligación que le impuso su más perfecto amor a Dios y a los hombres.

#### Las expresiones amorosas

e) Y no contento con ejercitarlo, quiso expresarlo en las más significativas formas: por la gallina que quiere cobijar bajo sí todos los polluelos; por el pastor que parte de noche en busca de la única oveja perdida dispuesta a ser presa de los lobos; por la mujer que barre toda la casa en busca de la moneda que le cayó, y por el padre que recibe de nuevo entre sus brazos y reintegra al rango de su dignidad al hijo que le abandonó con la mitad de su hacienda, después de haberla dilapidado en brazos de prostitutas y de haber descendido por debajo del nivel social.

#### El Sacrificio de la Nueva Alianza

f) Pero este amor redentor, quedó sellado con el sacrificio de la Nueva Alianza. Y con su sacrificio Jesús merece todo el cúmulo de bienes mesiánicos para la humanidad; ahora bien, su sacrificio depende de un acto libre de su voluntad humana, del amor humano del de Jesús a Dios y a los hombres, es decir, brota de su corazón: tal es por tanto la fuente de todos los Bienes mesiánicos.

### EL SIMBOLISMO DEL AMOR Y LO SIMBÓLICO

Todas las manifestaciones del amor de Dios a los hombres: la creación material y su ordenación al hombre; su elevación al orden sobrenatural; la promesa de un Redentor después de la pérdida culpable de aquel orden; la elección de un pueblo para que en él se cumpliera la promesa; la especial providencia sostenida a través de los siglos para la conservación de este pueblo, consciente de esta misma promesa; la entrega, llegado el tiempo, del Mesías; el Mesías que se entrega a la redención y tal género de redención, que merece los bienes mesiánicos que luego distribuye según el orden libremente determinado por él: todo esto tiene un símbolo sumamente expresivo: el Corazón de Jesús.

La adopción del símbolo es debido principalmente a Santa Margarita. El corazón físico es símbolo, no órgano del amor. No tiene con el amor una conexión física o fisiológica, sino lógica e intencional aunque con cierto fundamento físico objetivo, el

que relaciona el Corazón de Cristo con lo que éste simboliza que es, naturalmente, lo principal. La difusión y popularización y estima de lo simbolizado que es lo más profundo que contiene la revelación.

Nada hay tan capaz de excitar en nosotros el amor como la consideración y estima del amor que Dios tiene para con nosotros según aquel principio tan vulgar como profundo de Santa Teresa: "amor saca amor".

Aunque la contemplación del amor divino que es lo simbolizado, es lo más importante: el triple amor de Cristo. Y este amor se puede considerar sin simbolismo, por ejemplo, como lo hace S. Ignacio en los Ejercicios Espirituales, o con otro simbolismo como Sta. Teresita utilizando la Santa Faz; los documentos pontificios que tratan de la devoción al Corazón de Jesús se refieren al amor considerado bajo el símbolo del Corazón.

#### Objeto de la devoción al Corazón de Jesús

Sintetizando las distintas teorías de los teólogos sobre el objeto de la Devoción al Corazón de Jesús podemos decir que es: la devoción a Jesucristo que ama a los hombres en orden a su salud, cuyo amor está simbolizado en su corazón físico (Jesucristo que tiene corazón).

### ¿POR QUÉ EL CORAZÓN DE CRISTO REY?

#### El amor en el cristianismo

El amor cristiano es en el Reino de Cristo la médula. Las épocas de mayor autenticidad cristiana fueron aquellas en las que tal conciencia se hizo más viva, intensa y luminosa.

#### Emancipación de la razón

El profetismo ha terminado. No tenemos otro maestro que Cristo. Al darnos Dios con Cristo su palabra, dice S. Juan de la Cruz ha quedado como mudo. Pero el mundo, llamado civilizado y amantado con la leche del cristianismo, quiso emanciparse de Cristo y erigió la razón en supremo árbitro. Pero el espíritu de Dios en el intoxicado clima filosófico, político y religioso que se formó, obraba sigilosamente, sutil y penetrante como el viento, la renovación de las cosas por los medios más proporcionados con el poder de Dios.

#### Espíritu apostólico de la devoción al Corazón de Jesús

Sta. Margarita formada en la escuela del amor de S. Francisco de Sales, fue una de las almas escogidas para esta renovación espiritual. Margarita no recibe las ilustraciones místicas para que en ellas sumerja su vida espiritual aislada, solitariamente; sus ilustraciones tienen un fin apostólico: habla con insistencia del triunfo social o reinado del Corazón de Jesús que se impondrá contra todas las resistencias.

El trabajo de difusión es lento, pero el árbol irá creciendo y Pío IX consagrará la Iglesia al Corazón de Jesús y extiende a todo el mundo su fiesta litúrgica, León XIII le consagrará el mundo; Pío X, mandará renovar esta consagración anualmente; Pío XI, la trasladará a la fiesta de Cristo Rey, poniendo de manifiesto la íntima relación entre ambas devociones, y en la encíclica *Misericordiamus Redemptor* explicará sus elementos esenciales: la consagración y la reparación, y Pío XII, expondrá sus fundamentos y la vindicará de sus detractores.

### EL REMEDIO CONTRA EL LAICISMO

Dios ha ido preparando el medio de regeneración: el llamamiento de vuelta particular y colectiva a la esencia del cristianismo: la caridad por medio de la devoción al Corazón de Jesús.

Pero ¿en qué forma podrá influir en la revitalización del Reino de Dios; la Iglesia jerárquica, fundada por Jesucristo sobre Pedro, independiente del Estado aunque sus miembros estén subordinados a él, en lo que le es propio, conforme a las enseñanzas del Maestro: Dad al César lo que es del César?

Durante los tres primeros siglos, la Iglesia vivió al margen del Estado y en ocasiones duramente perseguida. Pero a partir de Teodosio el cristianismo es adoptado como religión del Estado.

Entonces comenzó la Historia de las Relaciones entre la Iglesia y el Estado. Sin embargo, a partir de determinado momento histórico comenzó un movimiento de ruptura o separación de la Iglesia y el Estado que se ha llamado secularización o laicización de la sociedad civil.

#### Actitud del Magisterio de la Iglesia: Al Reinado de Cristo por la devoción al Corazón de Jesús

En presencia de la crisis laicista, el Magisterio supremo de la Iglesia ha creído como remedio fundamental afirmar y proclamar la verdad que está en la base de la negación; la Realeza de Jesucristo. La admisión, pues, y el reconocimiento de la Realeza de Cristo en todo su significado y extensión debe estar incondicionalmente viva y presente en el horizonte de la conciencia católica como el último fundamento de la llamada "Tesis social católica".

Tanto los principales promotores de la devoción al Corazón de Jesús: Santa Margarita, Ramière, Sor María del Divino Corazón; como los Papas interesados en combatir el laicismo con el reconocimiento de la Realeza de Jesucristo, León XIII, Pío X, Pío XI y Pío XII, coinciden en el mismo ideal: al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de Jesús.

Pío XI en la *Quas Primas*, en donde proclama la Realeza de Jesucristo y prescribe en toda la Iglesia la fiesta de Cristo Rey, expresa en la forma más sensible la conexión entre la Realeza de Jesucristo y el Corazón de Jesús, y decreta que en tal día se renueve anualmente el acto de consagración al Divino Corazón.

Y los Papas que han patentado y proclamado el hecho de la conexión de la Realeza de Cristo con la Devoción al Corazón de Jesús han expresado el motivo: "El imperio de Cristo se ejerce principalmente por medio de la caridad" (León XIII). "La caridad es el aliento vital del reino de Cristo". "El quicio fundamental". "La caridad el fundamento sobre el que se ha de construir el Reino de Dios".

De esta forma tras la figura de Cristo Rey bajo el símbolo del Corazón refulge el pensamiento del Reino de Cristo que es la Iglesia sociedad perfecta, cuyos derechos abarcan todos y cada uno de los hombres y aún a la sociedad civil nacional e internacional; y señala el punto central de la Iglesia, la caridad, como punto de cohesión interna y signo auténtico de su sobrenaturalidad.

### RAZONES TEOLÓGICAS DE LA CONEXIÓN

Pero el P. Fondevila busca razones más profundas y teológicas; y esto es lo que constituye su trabajo específico y propio.

Me atrevo a resumir el pensamiento del P. Fondevila en lo siguiente:

#### I. Los fundamentos de la potestad regia entrañan el amor

##### La Creación

a) Dios es caridad. El Universo es la obra del amor de Dios, el amor objetivado por Dios. La creación culmina en Jesucristo. El Verbo hecho carne es la manifestación más sublime, la epifanía del amor de Dios. Pero Cristo no es un ser aislado, viene al mundo para regenerar, purificar a la humanidad manchada por el pecado de Adán. Toda su vida humana desde el primer instante de su ser es un acto de amor al Padre y a los hombres que viene a redimir y salvar.

##### El Sacrificio redentor

b) Ahora bien su corazón es el símbolo de este amor. Y el acto de mayor significación cristológica fue el acto de su amoroso sacrificio, el acto en el que puso su vida en señal del mayor amor.

Y por este sacrificio amoroso unió así de una forma vital a toda la Humanidad, la regeneró, la conquistó, adquirió sobre ella una potestad regia. El universo se convierte en la Casa de Dios

el Hogar del Padre. Cristo el Pontífice, tiene derecho nato de determinar la forma de distribuir los bienes adquiridos por su sacrificio, de imponer a la Humanidad los medios para participar de la vida que nos ha alcanzado.

La realeza de Cristo, pues, se conecta inmediatamente con su sacrificio, y éste con el acto de amor.

La conexión entre el Corazón de Jesús y la Realeza de Cristo es por lo tanto fundamental.

#### *El Cuerpo Místico*

c) Pero Cristo no se reduce a una individualidad sino que se expande en pluralidad de generaciones humanas formando un organismo real multitudinario, transido de vida sobrehumana alimentada por las arterias que parten del Corazón. Tal organismo no es una vaguedad, es la Iglesia Romana, continuación de la que recibió el Espíritu Santo el día de Pentecostés. Cada uno de los que renacen por el agua y el Espíritu Santo llevan en su interior el Espíritu de todos que les hace aclamar a un Padre común en el seno del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Este Espíritu de amor que vivifica a la Iglesia brota del Corazón de Jesús "ex corde sciso Elesia Christo iugata nascitur". Tal es el profundo contenido teológico de la síntesis: Corazón de Cristo Rey.

### **II. La caridad es el medio que da consistencia al Reino de Dios**

Ahonda más el P. Fondevila y expone que la Devoción al Corazón de Jesús tiene la *relación de medio* a fin con la Realeza de Cristo, ya que la caridad es el centro de cohesión del Reino de Dios. Ahora bien, según el Papa Pío XII, la devoción al Corazón de Jesús tiene por fin la perfección de nuestro amor a Dios y a los hombres mediante el cumplimiento cada vez más perfecto del mandamiento nuevo.

En efecto, sólo la caridad constituye desde dentro todo el Reino como célula germinal del organismo vivo de la salud. La justicia por sí solo no basta, carece de la cohesión necesaria para mantener unidas las partes constitutivas del edificio del Reino. La caridad es la clave de la solución cristiana al ordenamiento de la sociedad. La caridad es la última base del orden social o sea de la amorosa convivencia de la humanidad unida entre sí y con Dios.

En esta *relación de medio* a fin entre la devoción al Corazón de Jesús y el Reino de Cristo en toda su amplitud desde el individuo a la sociedad internacional tenemos ya una conexión intrínseca entre el Corazón de Jesús y la Realeza de Jesucristo.

### **III. La perfección del culto propio a la Realeza, la Religión, se alcanza por la devoción al Corazón de Jesús**

No contento el P. Fondevila, busca otra razón para demostrar la íntima relación entre la devoción al Corazón de Jesús y la Realeza de Cristo y la encuentra en que la devoción al Corazón de Jesús es, como dice Pío XII, un acto de religión excelentísimo.

Resumiendo su pensamiento podríamos formular su razonamiento así: Dios por razón de la creación y conservación, tanto en el orden natural como en el sobrenatural tiene derecho a la Realeza y por la amorosa providencia o gobierno tiene el ejercicio de ella. Ahora bien, por estos motivos se le debe a Dios culto religioso, ya que la virtud de la religión mira al dominio y señorío de Dios sobre las criaturas, y por ello impera el acto de devoción, que es la entrega pronta al servicio de Dios. Pues bien, el servicio de Dios, la entrega y consagración a Dios por amor será la forma más perfecta y excelente del culto religioso, y esto es precisamente lo que exige la devoción al Corazón de Jesús.

### **IV. El amor sacrificial de Jesús causa de nuestra regeneración y de la dignidad regia**

En consecuencia, el culto de religión que se debe a Dios por ser Creador y Gobernador se le debe a Jesucristo por razón de su unión hipostática, pero además a Jesucristo se le debe culto religioso por amor, por haber sido el amor que nos ha

tenido, sobre todo en el sacrificio de la cruz la causa de nuestra regeneración y salvación. Por esta razón tiene derechos regios sobre nosotros a los que debemos corresponder con la entrega al servicio por amor, o sea con la devoción o consagración a su Corazón, como símbolo de este amor.

La íntima relación del amor voluntario de Cristo con el sacrificio, que le da valor meritorio infinito, lo explican Sto. Tomás, S. Pablo, el P. Ramière, el B. Juan de Ávila, Sta. Margarita Alacoque.

#### **El Corazón traspasado síntesis del amor**

Esta profunda y tierna verdad del origen cordial en Cristo de la obra de la Redención, nos la quiso meter por los ojos Dios por el mismo modo material de morir que tuvo en la Cruz: "Todo induce a creer", escribía el mismo Renán, "que la ruptura de un vaso del corazón le produjo al cabo de tres horas una muerte repentina". "Rotura del corazón producida por causas morales", añade Ricciotti.

Jesús fue, por consiguiente, hecho sacerdote y víctima por su acto de caridad, ya que fue ésta la que fijó la intención del oferente y dio libertad y mérito a la oferta.

Ahora bien, del sacerdocio, que compete a Cristo en cuanto hombre, brota correlativamente en Él por nuevo título su prerrogativa regia, ya que a aquel a quien complitió lograr la redención y obtener para todos la salud, compete a sí mismo determinar e instituir los medios para lograrla. "Por la victoria de la cruz", dice Sto. Tomás, "mereció la potestad y el dominio sobre las gentes".

El sacrificio de Cristo ungió a Cristo Rey. Cristo en la Cruz recibió la Realeza universal y absoluta sobre toda la Humanidad y todos los hombres deben reconocerla, atenerse a sus mandatos y seguir sus instrucciones. Debe el hombre someterse a Cristo en servicio incondicional, pero, principalmente, por este servicio debe disponerse a recibir del mismo Cristo la caridad infusa y responder con ella al amor que Dios le ofrece por Cristo y en Cristo cuyo símbolo es precisamente el Corazón de Jesús.

Es manifiesto que a través de su sacrificio el amor confiere a Jesús su derecho a obligar a cada uno de los hombres en orden a la salud, y a través del Espíritu Santo en las almas, el amor le confiere un derecho a constituir vitalmente el cuerpo social y jurídico de la Iglesia.

#### **REMEDIO DE LOS MALES DE LA SOCIEDAD**

El sentido y vigencia social de la devoción al Corazón de Jesús es afirmada en *Haurietis Aquas*: "A vista de los males que hoy como nunca trastornan profundamente a los individuos, las familias, las naciones y el orbe entero, ¿dónde encontraremos remedio más eficaz?"

Con profusión e insistencia se trata y divulga la llamada doctrina social católica representada por las Encíclicas *Rerum Novarum*, *Quadragesimo Anno* y *Mater et Magistra*; pero tal vez se para poca atención en las encíclicas sobre la realeza de Cristo y la devoción al Corazón de Jesús y que, sin embargo, constituyen el último fundamento teológico del ordenamiento político-social pretendido por las gloriosas enseñanzas de la sociología católica.

\* \* \*

Tal es el contenido del trabajo profundo que nos brinda el P. Fondevila para fundamentar teológicamente la relación de la Realeza de Cristo y el Corazón de Jesús. Ha esparcido en él, doctrina muy sabrosa de las Encíclicas Pontificias referentes al tema, de Sto. Tomás, S. Francisco de Sales, Sta. Margarita, Sta. Teresa, S. Ignacio y del P. Ramière, entre otros teólogos y ascetas.

No somos especialistas en la materia, pero nos parece que ha abierto horizontes luminosos para fortalecer la magnífica síntesis que el Apostolado de la Oración, siguiendo al P. Ramière, lleva en las entrañas de su espiritualidad: "¡Sagrado Corazón de Cristo Rey! ¡Qué venga a nosotros tu Reino! Felicitamos al P. Ramón Fondevila y se lo agradecemos.

CASMIRO PUIG, S. J.

## LAS DIVERGENCIAS CHINO-SOVIETICAS OBEDECEN A RAZONES «CAPITALISTAS»

La ruptura del bloque comunista por efecto de los desacuerdos entre Mao-Tse Tung y Kruschef constituyen, sin duda alguna, uno de los temas más apasionantes de la política internacional desde hace varios meses. Más apasionantes y fértiles o esperanzadores en su consecuencia.

El haberse agudizado este conflicto ideológico en los últimos meses ofrece buena ocasión para recapitular las distintas fases del problema y, si es posible, proyectar hipotéticamente el desenvolvimiento ulterior.

Un editorial del periódico *Bandera Roja* de Pekín ilustra sobre los motivos más importantes de estas divergencias. Estiman los especialistas en asuntos chinos que en el estilo de este editorial se reconoce la marca de Mao-Tse Tung que intenta justificar, a través de la teoría marxista los intentos chinos de entenderse particularmente con Francia. El artículo contiene un ataque sañudo contra Kruschef al que identifica con Tito acusándole de “revisionista”, de “oportunista” y de “traidor a la Revolución”.

Lo nuevo de este artículo es el celo manifiesto por demostrar que: 1) China no es belicista; 2) Que no es hostil a la coexistencia y, menos aún, a la negociación con Occidente y, en resumidas cuentas, que representa un peligro mucho menor para la paz del mundo que la actitud soviética, tan aficionada a acusar a Mao de que esgrime con demasiada frecuencia e imprudentemente el espectro de las armas nucleares. Uno de los pasajes más interesantes de este documento es la proclama de Mao-Tse Tung de que en ningún caso debe acudir al arma atómica para ayudar a las fuerzas de liberación nacional a las que deben apoyar los países socialistas por otros medios. De esta forma, el dirigente chino desautoriza y condena la táctica de Kruschef

cuando en la crisis del Caribe aceptó el compromiso de no utilizar nunca con fines ofensivos sus armas atómicas atribuyendo al régimen de Pekín esta intención agresiva. Mao trata de dar una justificación teórica a su disposición favorable hacia los países occidentales que, según él, intentan “sacudir el monopolio nuclear y económico de los Estados Unidos”. A su juicio, Washington pretende, en su política, “infiltrarse en cierto número de países imperialistas y capitalistas con el fin de controlar su política bajo el pretexto de salvaguardar la paz”.

Mao propone, frente a la línea “oportunista” y “pronorteamericana” de Kruschef un aprovechamiento exhaustivo de las contradicciones surgidas en el seno del mundo occidental y, por consiguiente, acercarse a los países que, aún formando parte de la Alianza atlántica, parecen no admitir la hegemonía de los Estados Unidos. Respecto de la URSS comenta la preocupación de Kruschef de que una Europa independiente discuta o rechace el *statu quo* establecido en Yalta y en Potsdam, que es muy favorable a la URSS, y para cuya conservación, Kruschef no dudaría en aliarse con los Estados Unidos. Añade que la inmensa emoción manifestada por los medios soviéticos ante el asesinato del presidente Kennedy muestra lo interesados que se hallan en Moscú por este acercamiento, por lo que no disimulan su inquietud ante la política de “independencia de De Gaulle y la perspectiva de que surja una Europa franco-germánica, unificada política y económicamente, cuya atracción sobre las democracias populares se deja sentir con mucha más fuerza que el Plan Marshall.

Los chinos consideran a los Estados Unidos como su enemigo más peligroso y persiguen el objetivo de aislarlos metiendo todas las cuñas

posibles entre ellos y sus aliados. Esta es la razón por la que China muestra tanto interés hacia Francia, Gran Bretaña, Alemania occidental y Canadá. Mao-Tse Tung intenta justificar esta actitud con la pura ortodoxia marxista-leninista, dando a entender que el acercamiento con los rivales reales o en potencia de los Estados Unidos sirve a la causa de la revolución mundial. En el mismo periódico de Pekín y coincidiendo con el citado artículo editorial ha aparecido una larga declaración sobre “la evolución” de las contradicciones entre los “imperialistas” mostrándose favorable a Francia contra la que “el gobierno norteamericano ha desencadenado una campaña para aislarla, envenenando las relaciones entre París y la Alemania occidental y tratando de dislocar el bloque del Mercado Común”.

Otra divergencia entre Mao y Kruschef se refiere a la actitud de este último frente a Stalin, con el que tenían comprometida su autoridad la mayoría de los dirigentes comunistas del mundo. La argumentación de Mao, en pura lógica, señala que si Stalin fue efectivamente tal como lo presentó Kruschef en su informe secreto de 1956 primero, y en el público ante el XXII Congreso en 1961, significaría que tanto la Unión Soviética, como el mundo comunista tuvieron, durante decenas de años, como jefe y guía supremo a “un asesino, un criminal, un déspota del género de Iván el Terrible, un loco y un idiota”. Estima Mao que aunque todo ello fuese cierto no debió Kruschef confesarlo porque con ello ha provocado enorme confusión y crisis moral en las filas del movimiento comunista que está hoy con una profunda división interna entre los stalinistas ya descalificados, esperando el desquite, y los antiestalinistas preocupados por los excesos y las violencias contra sus

compañeros cometidas para alzarse a la dirección de los partidos aprovechando la famosa denuncia de Kruschef.

Por esto, siempre según Mao, "el espectro de Stalin turba los sueños de Kruschef".

#### *Divergencias económicas entre Pekín y Moscú*

Al margen de las divergencias de táctica política o de interpretación ideológica presentadas anteriormente, hay otras no menos agudas de puro realismo político. Por ejemplo, Mao objeta a Kruschef la compra de trigo a los países occidentales, a pesar de que ésta ha tenido un carácter excepcional y ha sido debido a una mala cosecha en la Unión Soviética. Pero el dirigente chino advierte que tales compras, pagadas principalmente en oro, han tenido entre otras consecuencias excepcionales, una, la de reforzar la posición del dólar norteamericano, mejorando las reservas de oro que desde hacía años venían disminuyendo hasta pasar de 22.000 a 15.000 millones de dólares. Paralelamente, con este esfuerzo económico, se manifiesta un creciente desarrollo de intercambios entre los países del bloque soviético y los occidentales, mientras que disminuían paralelamente las relaciones económicas con el régimen de Pekín.

Según las estadísticas de las Naciones Unidas el total de las exportaciones de los países del COMECON han pasado de 12.000 millones de dólares en 1959 a 15.700 millones en 1962 y la tendencia se ha continuado hasta nuestros días. Al mismo tiempo han disminuido las exportaciones hacia la China comunista y los países amigos o afiliados (Corea del Norte, Vietnam del Norte y Mongolia Exterior). Las cifras señalan que mientras en 1959 los países del COMECON enviaban a los comunistas asiáticos el 13 % de sus exportaciones, en 1962 sólo enviaron el 4 % por un valor que pasó de 1.600 millones de dólares en 1959 a 600 millones en 1962. Esta tendencia decreciente contrasta con el aumento del comercio hacia el Occi-

dente y el "Tercer Mundo", que aumenta de 3.100 millones de dólares en 1959, o sea el 26 %, a 4.900 millones en 1962, es decir, el 31 %.

Las autoridades de Moscú que todavía recientemente combatían al Mercado Común europeo, condenados según ellos en virtud de sus contradicciones internas, estiman en la actualidad que deben entablar negociaciones con este bloque económico "con el que hay que contar". Varias veces han iniciado estos contactos los dirigentes del COMECON y la China comunista no deja de acusar esta "contradicción".

#### *Reivindicaciones territoriales de Pekín a Moscú*

El gobierno de Pekín ha planteado recientemente una discusión sobre el estatuto de las "regiones chinas" arrancadas por el imperio zarista en el siglo XIX y conservadas todavía hoy por la Unión Soviética. Entre estos territorios figura en primer lugar Sinkian, de particular interés por sus abundantes recursos minerales, especialmente uranio. Pekín ha acusado a las autoridades soviéticas de fomentar rebeliones en la región del río Ili, al oeste de Urumtchi, que Moscú trata de separar de la autoridad de Pekín. Los chinos reprochan a los soviéticos el que se opongan a los movimientos de liberación de los pueblos oprimidos y el que quieran conjurar toda guerra local por el temor de que degeneren en conflicto general o en guerra nuclear. Con estas alusiones, Mao piensa en las luchas en el Vietnam del Norte, donde Moscú ha desautorizado la "provocación china" al atacar a algunos barcos norteamericanos, provocando la brutal réplica de los mismos contra las bases del Vietnam del Norte.

#### *Divergencias "imperialistas" entre Pekín y Moscú sobre África*

Cuando entre 1959 y 1960 empezó a acelerarse en África el movimiento de descolonización, Moscú y Pekín tuvieron los mismos choques por cuestiones de competencia y de influencia en estos territorios. La

URSS firmaba, en diciembre de 1958, un acuerdo de préstamo de 400 millones de rublos a Egipto para financiar la primera etapa de trabajos de construcción de la presa de Assuan. Al mismo tiempo establecía relaciones muy amistosas con Ghana y Guinea, presididas, respectivamente por N'Krumah y Seku Turé. La URSS empleaba para su penetración medios humanos y financieros, y muy importantes, con los que la China comunista no podía competir. Al acuerdo de 1958, de concesión de un crédito de 400 millones de rublos a Egipto siguió, en 1960, un segundo préstamo de 900 millones para terminar el conjunto de trabajos de la presa de Assuan. También logró Moscú importantes acuerdos financieros y de cooperación técnica con Ghana y Guinea, así como con Argelia. Rusia mantiene relaciones diplomáticas con 17 países africanos. Son éstos: Argelia, Congo, Etiopía, Ghana, Guinea, Libia, Malí, Marruecos, Uganda, República Árabe Unida, Senegal, Somalia, Sierra Leona, Sudán, Togo, Túnez, Tanganika, mientras que el gobierno de Pekín sólo se encuentra representado en 10 países: Argelia, Ghana, Guinea, Malí, Marruecos, Uganda, República Árabe Unida, Somalia, Sudán y Tanganika.

Si ninguno de los dos países comunistas ha conseguido todavía grandes resultados en África se debe a que estos países recientemente emancipados, se encuentran en una fase de desarrollo social y económico poco propicios al fermento del marxismo. Como países campesinos en su mayor parte, ignoran la lucha de clases. El hecho de que sus concepciones metafísicas estén empapadas de animismo las impide admitir el ateísmo de los doctrinarios marxistas. Para compensar su inferioridad en la competencia económica y técnica, la China comunista trata de reconquistar terreno en el África emancipada explotando el aspecto de la lucha ideológica con la denuncia de Moscú de hallarse comprometida con el neorracionalismo de las potencias occidentales en África.

JESÚS SÁINZ MAZPULE